

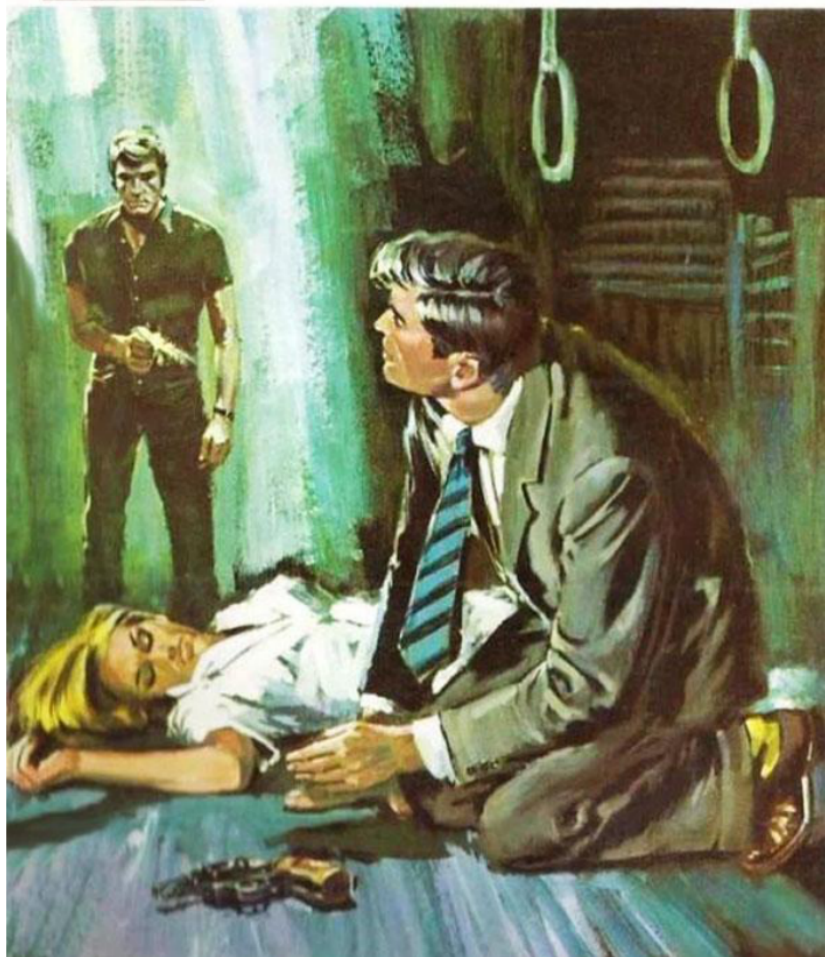
BOLSILBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

la noche en que fui muerto

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

LA NOCHE EN QUE FUI MUERTO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 535
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 20.767 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio, 1972

© CURTIS GARLAND, 1972
sobre la parte literaria

© GIRONA, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.145 — El manuscrito del Destripador.

En Colección PUNTO ROJO:

533 — Licencia de investigador.

PRÓLOGO

«No sé si todo empieza o termina aquí. Ahora. Esta noche.

No lo sé. Sinceramente, no sé nada. O sé muy poco. Tan poco, que ignoro si es el principio. O el fin.

Lo único cierto es que no puedo apartar de mi mente esa idea. No, no puedo. No me sería posible en modo alguno. Es como una obsesión. Es una obsesión.

Tengo que hallarlo. Tengo que encontrar el camino. Y hallarme a mí mismo. Saber por qué sucedió todo. Saber por qué he llegado a este momento... y saber también adónde iré a partir de ahora. Saber hacia dónde... y en qué modo.

Y, sobre todo, saber qué me espera, cuál es el fin. Si no es éste, claro está.

Porque hoy, ahora, esta noche, puede haber sido el fin. Sin yo saberlo.

Porque yo, en este instante, no sé siquiera lo que ha sucedido. Ni por qué. Ni qué significa yo en todo esto. Ni cuánto me rodea.

Es como la noche misma. Oscuridad. Tinieblas. Alguna luz dispersa en la lejanía. Una luz que uno no sabe de dónde viene exactamente. Ni dónde está...

El resto, es oscuro. Es silencioso, vacío. Es noche. Noche eterna, tal vez. La noche de una vida perdida en la oscuridad del misterio, del más profundo de los vacíos.

Esa vida es la mía.

La mía, sí. Una vida perdida en esta noche extraña, fría y hostil que me envuelve, más allá de la clara luz de esta alcoba...

Una vida que ni siquiera sé qué valor posee ya.

Porque ésta es la noche en que todo ha sucedido. Ésta, precisamente ésta, cuando no si empezó o terminó todo... esta noche es, para mí, la noche crucial de mi paso por el mundo.

Es... la noche en que fui muerto».

CAPÍTULO PRIMERO

Fui muerto en aquel instante.

Creo que lo supe un segundo o dos antes de suceder. Quise evitarlo. Y no pude.

Sucedió súbitamente. Como ocurren siempre esas cosas.

Después... ocurrió. A pesar de intuirlo, no pude evitar que ocurriese.

Y fui muerto.

Fui muerto sin saber quizá por qué. Ni por quién.

Fue una muerte estúpida. La más estúpida de todas, diría yo...

Luego, como sucede siempre, todo se borró. Me hundí en la nada. Y hundirse en la nada, en la sombra, es también morir.

Primero, fue mía cortina roja, una oleada escarlata que todo lo borraba. Después, la oscuridad.

La profunda, interminable oscuridad.

Y yo me sumergí en ella. Hasta perderme en su fondo.

Hasta no ser nada. Ni nadie.

Hasta morir.

—Morir... Morir...

Repetí la palabra. Una, dos, tres veces. Acaso cien, no sé.

—No —dijo la voz de ella—. No está muerto.

La miré. Casi no la veía. Y, desde luego, no la reconocía. No reconocía nada.

—Morir... —insistí—. Morir...

—No repita eso —me pidió dulcemente. Se inclinó hacia mí—. No está muerto.

—No estoy muerto... —repetí, como un autómatas.

—No, claro que no lo está. Los muertos no hablan. Ni ven a su enfermera. Usted me ve y me escucha. Usted habla. Usted ve la luz, la ventana, la noche... No está muerto, por tanto.

—La noche... —repetí con un estremecimiento. Y miré al oscuro rectángulo de la ventana, más allá de las limpias cortinas y la persiana blanca, graduable—. La noche...

—No debe asustarle la noche —suspiró ella. Pero fue a la ventana, cerró los graduables blancos, y la noche se quedó afuera. Invisible para mí. Aunque continuase allí, acechándome. Mi enfermera regresó lentamente junto al lecho. Me sonrió—. Ya está. Aquí, todo es acogedor, confortable. No hace frío, no llovizna. Eso sucede afuera. En la calle. Ahora, debe descansar.

—Descansar... —musité, con voz ahogada, siempre repitiendo lo que oía.

—Sí. Al doctor no le gustaría saber que se excita. Tampoco quiero inyectarle sedantes. Sea buen chico y duerma. Descanse, olvide todo. Mañana será diferente.

—Mañana... —murmuré, desasosegado. Pestañee, mirando al techo, al blanco globo de luz de mi habitación blanca y aséptica, en no sabía qué centro sanitario de la ciudad.

—Eso es. Mañana. Siempre es diferente al otro día, cuando luce el sol. O aunque esté nublado.

No importa mucho. Las cosas se ven mejor. ¿Tiene sueño ya?

—¿Sueño? —Moví negativamente la cabeza—. No. No lo tengo... No quiero... dormir.

—Tiene que dormir —mostróse disgustada conmigo. Me arregló el embozo de la cama, tratando de ser paciente, suave, persuasiva—. No puede ser tan mal chico.

La contemplé en silencio. Era bonita. Y joven. Muy joven. No tendría más de veintidós o veintitrés años. Algo pelirroja, no muy acentuado el tono cobrizo de su cabello suave y bien cuidado.

Le sentaba bien el uniforme de enfermera. Pero debía de estar igual de bonita sin él.

—Perdone —dije dócilmente—. Estoy dándole mucho trabajo, ¿verdad?

—No demasiado —sonrió—. Los hay peores que usted.

Sólo que usted me parece un buen chico, si realmente quiere serlo. Además, le conviene descansar, no excitarse, no dejarse dominar por sus nervios... Si logra todo eso, esté seguro de que todo irá más rápido y mejor.

—¿Cree realmente que me encuentro bien?

—Se encuentra bastante bien. Lo demás, depende de usted.

—Conforme —suspiré, entornando los ojos y volviendo la cabeza sobre la almohada—. Seré buen chico. Palabra, señorita...

—Evans —respondió ella—. Enfermera Evans. El reglamento lo dispone así. Solamente «enfermera Evans», para médicos y pacientes.

—Enfermera Evans... —asentí—. Suena bien, sí. Puede irse tranquila. Descansaré, enfermera Evans. Como un buen chico.

—Eso está muy bien —su sonrisa se amplió—. De todos modos, estoy de turno esta noche. Pasaré a verle de vez en cuando. Si me necesita, bastará que pulse ese botón de la cabecera. Estaré aquí enseguida. Pero llame solamente si es preciso. Hay muchos otros pacientes aquí, que necesitan de nuestra atención, y en más grave estado que usted.

—Yo... pude estar peor que ellos, ¿no es cierto? —indagué.

Ella se detuvo, junto a la salida de la habitación. Me miró, pensativa. Luego asintió. —Sí— convino—. Pudo estar mucho peor... —Pude haber muerto.

—Pero no murió, y eso es lo que cuenta. No vuelva a pensar más en ello.

—El doctor lo dijo. Pude haber muerto...

—Claro que lo dijo. Pero lo importante es que salvó su vida. Ahora, todo va a ir bien.

—Ojalá sea así... —musitó—. Ojalá, enfermera Evans.

—Ahora, descanse. Duerma, se lo ruego. Le veré luego, señor... —Se detuvo sorprendida. Miró la tabla a los pies de la cama, donde se trazaba el gráfico de temperaturas, y donde debía figurar mi nombre. La vi fruncir el ceño, de un modo realmente delicioso. Ella alzó la cabeza. Me miró, como si se diera cuenta por primera vez de algo que, en la rutina del establecimiento sanitario, no había advertido anteriormente—. Olvidaron anotar su nombre en el gráfico... No recuerdo ahora cómo se llama usted. ¿Quiere recordármelo, por favor, señor... señor?

—Lo siento —suspiré—. No lo sé.

—¿Cómo? —estalló ella, asombrada.

—No sé quién soy —confesé—. Ni cómo me llamo...

—Repita eso, por favor.

—Se lo he dicho ya otras veces, doctor Quinn. No sé mi nombre.

No sé quién soy.

—Amnesia... suspiró el médico, sin desviar sus ojos de mí.

—¿Amnesia? —repetí.

—Pérdida de memoria. Quiere decir que...

—Sé lo que quiere decir, doctor. Repetí la palabra porque me sorprendió.

—¿Qué pudo sorprenderle? Cuando no se recuerda nada de lo sucedido anteriormente, uno sufre de amnesia.

—Lo entiendo. Siempre pensé que es una enfermedad absurda. Una invención de los escritores sin imaginación excesiva.

—¿Eso pensó? ¿Y... lo recuerda?

—Sí —le contemplé, empezando a sorprenderme—. Lo recuerdo. Curioso, ¿no? Recuerdo muchas cosas. Recuerdo mi modo habitual de pensar. Pero si trato de saber quién soy, qué hago, qué nombre tengo, cuál es mi familia, mi hogar, mis señas... Cielos, doctor. Es horrible... Siento un vacío total, tremendo. No sé nada. No me acuerdo de nada sobre mí mismo. Ni siquiera sé si tengo casa y familiares. Es... es como flotar en un mar de nieblas.

—Entiendo. ¿Ha bebido alguna vez? ¿Recuerda al menos eso?

—¿Beber, dice? —Sacudí la cabeza, afirmativo—. Beber... Sí. Sé que he bebido. No me pregunte cuánto, ni por qué. He bebido. Y me gusta beber.

—Beber ¿qué?

—Alcohol. Lo que sea: *whisky*, *brandy*, combinados...

—Ya veo. Usted bebe habitualmente. Me lo pareció en el primer examen. No es un alcohólico. Posiblemente ni siquiera un borracho. Pero bebe. Tiene que saber, entonces, lo que quiero decir.

—¿Y qué quiere decir, doctor Quinn?

—Uno bebe mucho algunas noches —rió entre dientes—. Ya me entiende. Todos hemos bebido más de la cuenta alguna vez.

—¿Y...?

—Y luego, las consecuencias, son frecuentemente iguales en las personas: olvido de lo que ocurrió la noche antes. Una amnesia parcial, una parte de nuestra mente, embotada por los efectos del alcohol, que olvida los hechos, triviales o importantes. Poco a poco, se recupera luego la memoria. Si un amigo menos ebrio te refresca la memoria, primero dudas y vacilas. Al final, aparece una imagen más o menos clara de los acontecimientos pasados.

—Me parece que alguna vez sentí eso o cosa parecida —acepté—. Pero ahora no he bebido, doctor. Esa noche no probé licor, podría jurarlo...

—No quise decir eso. Es otra forma de amnesia. Pero muy semejante en el fondo. Es un modo de olvidar cosas. Ahora, por un *shock*, una lesión cerebral o lo que sea, usted no recuerda el pasado. No todo, puesto que recuerda cosas aisladas, sabe escribir, leer, tiene noción de todo lo que la vida le enseñó. En suma, su mente ha bloqueado sólo determinados hechos. Sus lesiones pudieron producir esa amnesia parcial y, seguramente, temporal. No sabe quién es, ni cómo se llama. Pero eso no es todo. Tampoco lleva documentos encima. Y sus ropas no llevan etiquetas para identificarle. ¿Sabe de dónde viene, sabe si vive en esta ciudad o no?

Incliné la cabeza. Traté de recordar algo. Me apreté las sienes, furioso. Era como si uno quisiera evocar un número de teléfono del que todas las cifras se evadieran en el recuerdo. Sólo que no era un número de teléfono lo que buscaba en las raras tinieblas actuales de mi mente, sino un nombre, una identidad, una persona: la mía.

—No —confesé al fin, roncamente—. No sé nada, doctor Quinn. Nada de nada...

—Pero sabe en qué ciudad está...

—Sí —admití—. San Francisco de California. Me lo dijo la enfermera Evans. —De modo que hasta eso había olvidado...— Sí. Hasta eso había olvidado.

Se frotó el mentón con la mano, pensativo. No parecía satisfecho. Yo tampoco.

—Le hemos tomado las huellas dactilares —dijo—. Y unas fotografías, mientras dormía.

—Como a los cadáveres en la Morgue —reí entre dientes.

—Si es un chiste, no tiene gracia —me miró fijamente, irritado—. ¿Por qué pensó en la Morgue, precisamente?

—No sé —me encogí de hombros—. Tal vez porque pienso que estoy muerto...

—La enfermera Evans me habló ya de esa obsesión suya. Debe entender. No está muerto, sino vivo y bien vivo.

—¿Vive enteramente un hombre que no sabe quién es, de dónde viene, adónde va...? —dudé, enarcando las cejas.

El procuró eludir mi mirada. Le oí resoplar, malhumorado.

—No sé —admitió por fin—. La vida es algo compleja. Pero lo importante, sobre todo, es vivir... Y usted vive aún, amigo mío.

—Alguien pretendió que yo no viviese —repliqué, seco.

Volvió a mirarme, profundamente preocupado. Hizo un gesto exasperado. —Fue un accidente— objetó.

—¿Usted cree?

—¿Qué pretende darme a entender? —Se inclinó hacia mí, tenso.

—Nada —suspiré—. Usted lo sabe, doctor. Creo que incluso lo sospecha, tanto como yo mismo. Quisieron asesinarme. Estoy seguro.

—Asesinarle... ¿Sabe lo que dice?

—Sí, teniente.

El teniente David Harlan, de Homicidios, meneó la cabeza, vacilante. Cambió una ojeada con el doctor James R. Quinn, del Medical Center de Telegraph Hill.

Luego, examinó unos papeles antes de responderme con frialdad profesional:

—Fue un accidente. Está comprobado.

—Comprobado ¿por quién? —repliqué.

—Por nosotros —pareció ofendido—. La policía, señor... er... señor mío.

—Ya —sonreí—. ¿Cuál es la versión oficial?

—La calle Kearny es muy empinada, como casi todas las de San Francisco, especialmente las que ascienden a las colinas residenciales de la ciudad. Esta de Telegraph Hill no es una excepción, ni mucho menos, sino quizá todo lo contrario. El coche sufrió rotura de frenos y se lanzó sobre usted. Pudo arrollar a otros, pero fue usted su víctima. Siempre sucede así. Le arrolló y arrastró bastantes yardas, calle abajo. Tuvo suerte de que otro coche, el viejo *ranger* de Scott Mac Divitt, saliera en ese momento por el cruce con Columbus Avenue. Le recogió, accidentalmente, y le lanzó de costado a la acera. El coche que le atropelló, tuvo un choque esquinado con el *ranger*, y se desvió, yendo a estrellarse contra la otra acera, rompiendo una boca de riego y un escaparate. Está técnicamente demostrado que el coche sufría rotura de frenos.

En semejante rampa, eso es funesto. Y nadie, ciertamente, se arriesgaría a semejante peligro con la sola idea de arrollar a otra persona, puesto que entonces la muerte acecha por igual al atropellado y al conductor. Eso aleja toda posibilidad de un atropello intencionado. Además, la identidad de quien le arrolló, le sitúa fuera de toda sospecha también.

—¿Quién era él? —indagué, profundamente curioso.

—No era *él*... sino *ella* —sonrió el teniente Harlan.

—¿Ella? —repetí, sorprendido.

—Sí. Una mujer. Joven, hermosa... y muy rica. Una millonaria. Samantha Foreman, de los acaudalados Foreman de Oakland.

CAPÍTULO II

Samantha Foreman.

Era hermosa. Muy hermosa. Pero su rostro y su nombre no me dijeron nada de particular. Mi memoria no se reavivó ante sus fotografías en color y el reportaje minucioso de aquella revista semanal repleta de información social de San Francisco. Tiré a un lado la publicación, con desaliento.

—Una rubia elegante y estupenda —ponderé—. Pero no me conforta demasiado saber que una belleza así pudo enviarme directamente al valle de las sombras.

—El teniente Harlan y el doctor Quinn sólo pretendieron dejar bien sentada una cuestión —señaló la enfermera Evans, cordialmente, quitándome el termómetro de la boca, con una suavidad admirable. Consultó la columna termométrica, a la vez que terminaba de examinar la velocidad de mi pulso, y se mostró complacida—. Todo correcto, esté tranquilo.

—Mi estado de salud me tranquiliza, salvo en el detalle del vacío de mi memoria —convine, risueño—. Pero siga con lo otro. Samantha Foreman me arrolló con un coche que tenía los frenos rotos. Samantha Foreman, es una mujer millonaria, joven y deportista. Supongo que fuera de toda sospecha. Pero ¿conducía ella el coche?

—Naturalmente —le enfermera me miró, asombrada—. Estaba al volante, aturdida, cuando la patrulla policial llegó. Confesó lo sucedido, y es ella —la que ha insistido en que usted sea atendido aquí, en sala individual, con todos los gastos pagados, y en caso de complicación, que sea ingresado, a su cargo, en la clínica particular del doctor Turner. No pensamos que sea necesario, por ella no va a quedar, esté seguro. Parece realmente aturdida por su responsabilidad en el hecho. No obstante, no es culpable de nada. ¿Va usted a acusarla ahora de algo?

—No sé —sacudí la cabeza—. Hay algo que baila en mi mente... Me gustaría saber lo que es. Sólo recuerdo el coche viniendo hacia mí, el impacto, la caída, cosas confusas, en tanto me arrastraban por el asfalto... Pero en todo ello, no encaja la figura de una chica como ésa, rubia, distinguida, elegante... y llena de atractivos físicos. No, no logro encajarla en mis recuerdos... —¿Qué es lo que encaja, entonces?

—Nada... Solamente el coche... —Fruncí el ceño—. Creo recordar que... que era azul oscuro, con una franja gris...

—Sí. Era un «Chevrolet» azul oscuro, con ancha franja gris —admitió mi enfermera—. Adelante. Recuerda todo eso muy bien. ¿Qué más recuerda?

—Nada más —suspíré—. Veo... veo la cara de alguien. Un hombre. No sé si en la calle, al volante de ese «Chevrolet»... o en otro coche. No sabría decirle. No logro centrar esa imagen, pero... pero es la de un hombre moreno, de ojos verde oscuros, de sonrisa fría, de nariz afilada... Con bigote de largas guías, con algo... algo que me recuerda un tema marinero, no sé por qué... —Ese hombre... ¿quién puede ser?

—Si lo supiera... —Sacudí la cabeza—. No logro recordar más. Su rostro está en mi mente, pero hay niebla alrededor. No veo los demás detalles... Ese hombre estaba allí, en el momento del accidente. En la calzada, en la acera, en algún coche... No sé. No recuerdo. Tampoco recuerdo a esa chica, a Samantha Foreman...

—Debe despreocuparse ahora. Ya irá recordando más detalles. Trate de descansar. El teniente Harlan tendrá en pocas horas sus datos personales. Sus huellas y fotografías han ido al FBI, a la policía local... Algo resultará de todo ello. Y cuando usted sepa su nombre, eso significará el principio de todo otra vez.

—O el fin —musité.

—El fin está lejos —señaló, seria—. Nada termina cuando hay motivo para esperar el principio de algo mejor. Su estado físico mejora. Descanse otra vez, amigo mío. Descanse, olvide... —¿Olvidar?— reí entre dientes con sarcasmo. —¿Más todavía?

—Le hablo de otra cosa —replicó ella—. Olvide lo molesto, lo ingrato. No piense. No fatigue su mente. Muy pronto, volverá a ser usted mismo. Como si nada hubiera sucedido... —Yo mismo...— repetí. —Y... ¿quién soy yo?

La enfermera Evans no respondió a eso. Prefirió dirigirse a la salida de mi habitación. Yo entorné los ojos, cansado. Sentía sueño, malhumor, irritación, profunda decepción interior por muchas cosas. E incertidumbre. Una gran incertidumbre.

—Sea usted quien sea, piense que lo importante es haber sobrevivido —me recordó ella ya en el umbral, sujetando el pomo de la puerta con su mano—. Todo lo demás, se irá aclarando lentamente. Lo que cuenta, es que aún vive. Que ha salido con bien de todo...

Estuve a punto de replicarle, de negar aquella evidencia rotunda y concreta. Estuve tentado de decirle, con mi voz ahogada:

—No, enfermera Evans. No es cierto eso que usted dice. Yo... yo fui muerto esa noche. Estoy seguro de que, cuando menos, algo murió en mí. Una gran parte de mí mismo...

Pero no dije nada. Me quedé callado. La dejé marchar. Y me pregunté, angustiado, si mis huellas dactilares, mi fotografía, mis datos personales, darían algún indicio concreto sobre mí y mi identidad real, en las próximas horas...

Mis temores internos eran fundados. El resultado fue negativo. Dramáticamente negativo...

—¿Negativo? —Tuve un parpadeo nervioso, contemplando al teniente Harlan—. ¿Ha dicho usted... *negativo*?

—Por completo —suspiró el policía, mirándome compasivo, vacilante, mucho menos seguro que la primera vez que me visitara en el Medical Center—. Nadie sabe quién es usted. Las huellas no están registradas en el FBI. Ni en archivo alguno oficial, por el momento. Tampoco en San Francisco. Su fotografía no ha sido identificada por las computadoras, tras ser comparada con millones de ellas existentes en los archivos. Su descripción no ha puesto nada en claro. Nadie le conoce, si hemos de hacer caso a las investigaciones practicadas.

—De modo que... no existo —dije, sarcástico.

—Cidro que existe. Un nombre, una identidad, no es sino simple papeleo. Burocracia pura, unos datos archivados. Sólo eso. Pero usted es un ser humano. Existe como tal. Eso es incuestionable. Lo que falta es saber *quién* es usted. Y en ello estamos. Espero que muy pronto logremos algo. Aquí, o en otra ciudad. Sus datos recorrerán

todo el país, a través de los medios de comunicación federal. Resultará, usted lo ha de ver.

—¿Y... entre tanto?

—Entre tanto, debemos esperar.

—Esperar... ¿qué?

—El resultado de esa búsqueda. El curso de sus lesiones es favorable, altamente satisfactorio, según el doctor Quinn. Dentro de cuatro o cinco días podrás abandonar el centro médico. Espero que para entonces, con su amnesia curada... o con su identidad desvelada por los servicios federales.

Asentí, pensativo. Hubiera querido ser tan optimista como él, pero no me era humanamente posible. No es agradable sentirse rodeado de sombras, de vacío, ignorarlo casi todo sobre uno mismo. Y saber que uno es objeto de una pesquisa policial exhaustiva... con negativos resultados. Saber que uno no tiene un sitio concreto en el mundo que le rodea, que uno es como un raro intruso en una sociedad donde todo está rotulado, numerado, concretado al máximo.

—¿Sigue pensando que todo fue... accidental? —sugerí de repente.

Me miró, indeciso. Pareció molesto.

—¿Usted no? —Fruunció el ceño el teniente Harlan.

—El atropello pudo ser mortal, ¿verdad? —repliqué a mi vez con otra pregunta.

—Por supuesto. Pero no lo fue. Me ha dicho la enfermera que tiene usted la peregrina idea de que ha muerto esa noche, en el accidente. Como una obsesión...

—Hay diferente modos de morir, teniente —sonreí con frialdad

—. El mío es uno de ellos. Sin embargo, no me refería a eso.

—¿No?

—No. Me refería a ese atropello. No sé si intentaron matarme o no, pero si pensaron que yo estaba muerto, resulta extraño que me despojaron de todo: documentos de identidad, etiquetas en las ropas, cuanto condujese a que yo fuera reconocido. Ellos no podían saber que yo sufriría amnesia. Por lo tanto, actuaron así pensando que era cadáver. Y lo parecía según creo, a causa de la sangre que brotaba de las heridas, a causa de mi aspecto tras el atropello... Un accidentado no es despojado de cuánto lleva encima, para dificultar

su identificación. ¿O sí, teniente Harlan?

—Ya he pensado en ello —frunció el ceño, frotándose el mentón—. Pero según Mac Divitt su salvador ocasional, nadie se acercó a usted, salvo él y los agentes de tráfico, cuando le auxiliaron, para salvar su vida. De modo que para entonces ya debía estar usted indocumentado...

—Aun así, teniente, tal cosa sólo podría tener dos significados. O que yo mismo me despojé de todo, antes de sufrir el atropello, cosa que no tiene sentido... o alguien me había ya dejado en esa forma, para que, al ser hallado mi cadáver, tardasen en identificarlo. El plan hubiera fracasado, de no perder yo la memoria. Pero ha sido así, y mis asesinos tuvieron suerte.

—De modo que insiste en ello: cree usted que intentaron asesinarle.

—Sí —afirmé, rotundo—. Cada vez estoy más convencido de eso.

—De modo que está convencido...

—Sí, enfermera Evans. Completamente convencido. ¿Usted no?

—No del todo —suspiró. Movié la cabeza, con una sonrisa irónica—. Sin embargo, estoy tratando de ayudarle. No sé si es acertado, pero lo hago. El doctor Quinn no sabe nada. El teniente Harlan, tampoco. No sé por qué lo hago. Pero si eso le hace sentirse tranquilo...

—Me hace sentirme mucho mejor —miré el reloj de pulsera de ella, puesto que el mío había quedado destrozado en el accidente, y no servía de gran cosa, puesto que era un modelo vulgar, que costaría trabajo utilizar como posible vehículo para mi identificación—. ¿Cuándo dijo que vendría?

—Leslie F. Saint John, anunció que estaría aquí sobre las siete y media de esta tarde, sin falta —me recordó ella—. Falta todavía más de media hora, no se impaciente.

—Leslie F. Saint John... —repetí, pensativo—. No me dice nada ese nombre, pero imagino que tampoco el de los demás detectives privados de San Francisco...

—Lo elegí al azar —se encogió de hombros ella—. No soy tampoco una experta en esas cosas. Probé primero a otros cuatro. Dos comunicaban, el tercero estaba encarcelado y sin licencia, por

un feo asunto de drogas, y el cuarto había salido hacia Nevada hace dos días, por un problema de divorcio. Tuve que optar por el quinto detective de la guía. Y era Leslie F. Saint John. Espero le sirva de algo...

—Servirá. Al menos, seguirá una pista, buscará algún indicio... Quiero saber quién soy. Simplemente eso. Lo demás no me importa demasiado.

—Sí, le entiendo —me miró con ternura—. Extraña enfermedad la amnesia... Me pregunto qué sentirá uno cuando no sabe apenas nada de sí mismo, por mucho que se esfuerce en recordarlo... Usted puede tener esposa, hijos... un hogar... y podría unirse ahora a otra mujer sin que, humanamente, se le pudiese culpar de bigamia.

—Mi dolencia tiene esa rara facultad —torcí el gesto—. Pero no he pensado en casarme. Lo esté o no, no tomaré decisión alguna equivocada. Sencillamente, quiero saber, antes que nada, quién soy yo. Lo que sucedió esa noche en Karny Street, por qué no poseo documentos ni indicio alguno para identificación encima de mí... Y si alguien intentó asesinar me, saber cuándo menos por qué... —Asesinarle... Horrible palabra, ¿no cree?

—Horrible, sí. Pero tremendamente factible, dadas las circunstancias. Por eso quiero un detective —la miré con gratitud—. Y le doy sinceramente las gracias por su discreción al avisar a ese tal Saint John, al citar le aquí, pretextando que es una persona que busca a un familiar desaparecido, que pudiera ser yo. Esto es como una pequeña complicidad entre los dos, enfermera Evans...

—Eso me temo —suspiró ella—. Y si el doctor Quinn lo descubre... me veo en la calle sin remedio, por cooperar con un paciente, en un asunto poco reglamentario.

—Nadie tiene por qué saber la verdad. Además, eso no alterará las normas de este establecimiento...

—No podría asegurarlo. Nunca un paciente, antes de ahora, me pidió la presencia de un detective privado.

—Yo soy el primero —reí de buena gana—. Por fortuna, lo único que alguien dejó en mis bolsillos, cuando el accidente... o lo que fuese... fue un fajo de billetes de Banco. Ignoro si eran míos o no, pero en total son casi mil dólares, ¿no es cierto?

—Novecientos veinte, exactamente —me dijo, pensativa—. ¿Ni siquiera está seguro de quién puedan ser esos billetes?

—Ni siquiera eso —suspiré—. ¿Se da cuenta de lo terrible que es mi situación?

—Me doy cuenta —asintió. Me estudió larga, pensativamente. Luego, hizo un comentario que me impresionó, quizá por lo simple, pero significativo que resultaba—: A veces, en casos así, una se pregunta si lo más importante no será estar seguro de que uno, *antes* de esa amnesia... fue buena persona.

Sorprendido, moví la cabeza con tanta incertidumbre como ella en el fondo de mí mismo. Y me dije, a media voz, más que respondiéndole a ella, tratando de hacerlo a mí mismo, en una de mis muchas dudas internas:

—Buenas personas... Un hombre honesto o un canalla... Una víctima... o un criminal. ¿Qué soy yo, exactamente, enfermera Evans? Me gustaría contestar a esa duda, y no puedo. No puedo...

Ella me contempló largamente, patética y fría a la vez. La mujer se sentía enternecida. La enfermera, mantenía su profesional entereza.

—Espero que ese detective, ese tipo, Saint John, sepa hallar la respuesta... —dijo al fin, esperanzado su tono.

Yo también fiaba en ello. Leslie F. Saint John, detective privado. Estaba al llegar. Yo le pagaría de aquel dinero que imaginaba era mío, pero de lo que tampoco tenía la menor seguridad. Iba a ser una rara tarea para un investigador particular. Buscarme a mí mismo, con todas sus consecuencias. Las que fuesen. Y saber qué sucedió aquella noche, en la empinada calle de Telegraph Hill... y por qué.

Me imaginé a Leslie F. Saint John. Sin saber la razón, tenía una cierta idea sobre los tipos de su clase. Detectives privados de medio pelo, investigadores no siempre en los límites de la ley, sobre todo cuando había dinero fácil por medio. Gente huidiza y violenta a la vez. Tipos de vuelta de todo. Hombres ásperos, rudos, poco escrupulosos y sin demasiada inteligencia. Una imagen muy lejana del típico detective popularizado por el cine y la televisión. Ninguno era un Donald Lam o un Phillip Marlowe, ciertamente.

Leslie F. Saint John sería uno así. Rudo, violento, malencarado, con poca educación y menos honestidad. Un hombre tosco, dado al alcohol y al sexo. Como todos.

Me equivoqué. Eso lo supe a las siete y media. Cuando, extrañamente puntual, se anunció como visitante un tal Leslie

F. Saint John, a quien la enfermera Evans hizo pasar a mi presencia.

Me llevé una sorpresa mayúscula. Y creo que la enfermera Evans también.

—¿Leslie F. Saint John? —pregunté, asombrado.

—En persona —me respondieron—. Yo soy.

Me quedé mirando a mi visitante, sin acertar a comentar nada. Era una mujer.

CAPÍTULO III

—Leslie F. Saint John... Leslie puede ser nombre de mujer también.

—Cierto. Lo había olvidado. Además, no podía pensar que una mujer...

—¿Fuese detective privado? —Ella se echó a reír de buena gana—. ¿Por qué no? Una mujer puede ser, hoy en día, perito agrícola, ingeniero industrial, abogado, jefe de Estado, embajador, guerrillero y astronauta. ¿Por qué no ser detective privado? ¿Hay alguna ley que lo prohíba?

—Supongo que no... pero aun así sorprende...

—Al principio, siempre ocurre igual —suspiró ella, risueña—. Cuando seamos más, no habrá sorpresas. Es una profesión como otra cualquiera. Todo es cuestión de valor, decisión... y cierta inteligencia. El sexo cuenta poco, si todo eso se da en un investigador privado.

—Es posible —asentí despacio, mirándola atentamente—. ¿Le ha contado mi caso?

—Algo me refirió su enfermera. Es decir, se lo contó a mi ayudante, en ausencia mía. Parece que usted padece pérdida de memoria parcial. No sabe quién es.

—Exacto. Lo malo es que hay pocos datos. La policía ha fracasado ya en el asunto de mis huellas dactilares y mi fotografía. Mal indicio, ¿no?

—No es bueno. Pero yo uso métodos diferentes a los de la policía —se sentó frente a mi lecho, cruzándose de piernas—. Cuénteme todo, por favor. Ordenadamente, a ser posible.

Lo hice. A pesar de su cruce de piernas, pude hacerlo. Es difícil concentrar la atención en nada, teniendo ante uno aquellas pantorrillas y aquellos muslos. La falda de Leslie F. Saint John, era corta. Muy corta, a la moda. El resultado quitaba el aliento a

cualquiera. Pero ella lo hacía con una indiferencia tal, que era como no dar importancia alguna a aquel don maravilloso de la Naturaleza. Un don admirable y turbador, hecho de formas suaves y tentadoras, bien ceñidas por el nylon sedoso.

Le conté lo que sabía. No era mucho. Empezaba todo aquella noche. Era como haber nacido. O haber muerto. Uno nunca sabe a ciencia cierta dónde termina una cosa y dónde empieza otra.

Referí los hechos, a partir del accidente. Con los datos proporcionados por la policía, sobre Samantha Foreman, la millonaria conductora del «Chevrolet» del accidente. Y sin olvidar mis impresiones personales, tan confusas: el rostro de aquel hombre de ojos verdes y cabello oscuro, la ausencia de documentos y de etiquetas en mis ropas, la imposibilidad de identificarme... Cuando hube terminado, me contempló larga, silenciosamente.

—No es mucho —dijo.

—No, no es mucho —admití.

La estudié, mientras ella reflexionaba. Debía de ser joven. No llegaría a los treinta años ni de lejos. Era esbelta y con distinción. Bien formada. Algo musculosa, sin excesos. Quizá conocía el judo. Estuve seguro de ello. Además, le sería útil en su oficio. Sus piernas eran una delicia. Sus formas restantes, también. Quizá su pecho era algo exagerado para su esbeltez, pero en ese punto anatómico, considero que no va mal una exuberancia no excesiva, con la de ella. Al menos, a Leslie F. Saint John le sentaba de maravilla la opulencia de sus senos enhiestos, bien dibujados por la lana de un suéter de cuello alto, bajo su chaquetón de piel.

Tenía los cabellos del color de la miel, suaves y lentamente ondulados. Los ojos, grises y penetrantes, con cierto asomo de un azul duro y frío. La nariz era breve, la boca golosa, de labios gordezuelos. Por fortuna, no abundan los detectives como ella. De otro modo, me temo que sería la profesión más cotizada del país.

—¿No puede recordar más? —insistió ella.

Me froté las sienes. Sacudí la cabeza.

—No —negué, malhumorado—. No puedo.

—Está bien, no se irrite por eso. Supongo que si lo supiera todo, yo sobraría aquí. Para eso me hizo llamar, ¿no?

—Exacto —convine—. Pero ahora que la he visto, no creo que pueda sobrar en ninguna parte.

—Es muy amable, pero los piropos me dejan indiferente. No me gusta que me recuerden que soy una mujer, cuando estoy trabajando. Soy sólo Leslie F. Saint John, detective privado. Sin sexo en particular, ¿comprende?

—Lo comprendo. Pero mucho me temo que mucha gente no lo entienda fácilmente, viéndola a usted...

—Ha perdido la memoria, pero no el instinto, ¿eh? —rió burlona ella, mirándome con un aire sarcástico. Luego, se puso más seria, frunció el ceño, y habló con un tono muy diferente, pausado y grave —: ¿Sospecha que no hubo tal accidente?

—Sí —asentí—. Eso sospecho.

—¿Un crimen?

—Me temo que sí.

—¿Algún motivo?

—No lo sé —resoplé—. Si recordase algo de mi vida anterior...

—Entiendo. Perdona la pregunta. Cuesta trabajo hacerse a la idea de que un ser no sepa casi nada de sí mismo. Siempre que vi esa clase de películas, me dije que los argumentistas tenían muy poca imaginación. Y ahora...

—Ahora, ha comprobado que es clínicamente posible —sonreí—. La amnesia es algo más que un tópico de Hollywood o de la televisión. Es real. Puede ocurrir, cuando se sufre un *shock* violento.

—De modo que le atropellaron, le dieron por muerto y le desvalijaron para que no fuese identificado...

—No. Dice uno de los testigos que nadie me tocó las ropas al recogerme. Debieron quitarme antes todo eso, si es cierto el testimonio.

—¿Qué testigo es ése?

—Un tal Scott Mac Divitt. Conducía un coche *ranger*. Evitó quizá mi muerte segura.

—Scott Mac Divitt —apuntó el nombre—. ¿Quién conducía el coche agresor?

—Una mujer. Eso dicen todos. Yo no estoy seguro. No vi nada.

—¿Una mujer?

—Samantha Foreman, sí.

—La multimillonaria... —Silbó entre dientes la detective con faldas.

—Eso es. Parece que tenía rotos sus frenos. Pudo haberse

matado también. Yo no lo sé por supuesto. Es la policía la que conoce esos detalles.

—Tiene todas las apariencias de un verdadero accidente.

—Yo no creo que lo fuese.

—¿Tiene alguna razón para pensar así?

—No. Ninguna. Si la hay, será subconsciente. Yo no recuerdo nada. Pero es una convicción íntima. Puedo estar equivocado, naturalmente. Todo es intuitivo...

—De modo que sospecha que le hicieron víctima de un intento de asesinato... —Sí. Eso sospecho.

—¿Las lesiones son muy graves?

—No mucho. Pudieron serlo infinitamente más. Tuve suerte. Tanto al ser arrastrado por el coche autor del atropello, como al ser desviado por el otro automóvil, el *ranger* de Mac Divitt. Sufrí intenso *shock* traumático, lesiones en la cabeza y rostro, heridas en brazos y piernas... En tres o cuatro días más, estaré recuperado. Yo me siento bien. Sólo esta maldita ausencia de memoria... Pero dicen que pasará.

—¿Cuándo?

—No lo saben —resoplé—. Puede durar unos días... o un año.

—Bien —cerró su agenda—. Empezaré por los testigos y protagonistas de su accidente: Mac Divitt, la Foreman... Pero no le garantizo rápidos resultados. Ni siquiera sé lo que he de hallar, si es que hallo algo.

—No le exigiré mucho —dijo con calma—. Buena suerte, señorita Saint John.

Busqué en la mesilla, donde guardaba el dinero que hallaran sobre mí la noche del accidente. Leslie F. Saint John me tendió un recibo en el que aparecía su firma, bajo la indicación de que recibía la suma de trescientos cincuenta dólares, a cuenta de la totalidad de sus servicios.

Le pagué la suma sin replicar. Ella guardó el dinero, incorporándose. Me miró, muy seria.

—Si alguien en esta ciudad puede hallar su rastro y el de lo sucedido, ese alguien soy yo —dijo, llena de energía y seguridad en sí misma—. No lo dude.

—No lo dudo —sonreí, siguiendo su silueta cautivadora—. Estaré esperando sus informes. Y si necesito llamarla porque

recuerde algo...

—Ahí tiene mi dirección y teléfono —dijo señalando el recibo—. A cualquier hora del día o de la noche. Vivo sola. Y duermo junto a mi oficina, en el mismo apartamento. No me molesta levantarme de madrugada, si me llama un cliente. Hasta pronto.

—Hasta pronto, señorita Saint John —suspiré.

Ella alcanzó la puerta. Al abrirla, se encontró con el doctor Quinn y el teniente Harlan. Me disgustó eso. También a ellos. Y a Leslie Saint John igualmente.

—Vaya... —dijo el médico, sorprendido—. ¿Visitas? Entonces usted puede aclararnos quién es él...

—No, no puedo —respondió ella—. Yo soy solamente...

—Ella es solamente un detective privado —añadió secamente Harlan, completando la frase de la joven.

—¿Un detective privado? —Se notó que el doctor Quinn iba de sorpresa en sorpresa. Miró primero a la anatomía notable de mi rubia mujer detective, y luego me contempló a mí—. ¿Es cosa suya?

—Es cosa mía, sí —afirmé—. Tengo perfecto derecho, ¿no, doctor?

—Sí. Tiene perfecto derecho —convino Harlan, secamente—. Pero debió confiar más en la policía. No tengo nada personal contra la señorita Saint John, sino contra todos los detectives privados.

—Posiblemente yo llegue antes que usted a la solución de este caso, teniente —dijo con ironía ella, desafiante la expresión.

—¿A qué solución? —replicó Harlan.

—A la de la amnesia de mi cliente. Y, quizá, al intento de asesinato y sus motivaciones...

—¡Tonterías! —se excitó Harlan—. ¡No hubo intento de asesinato alguno! Todo fue un simple, un vulgar accidente de circulación, como ha habido tantos otros.

Leslie Saint John no replicó a eso. Ni siquiera se quedó a discutirlo. En vez de ello, abandonó la habitación de la clínica. Nos quedamos a solas Harlan, el doctor Quinn y yo.

El primero siguió mostrándose hostil y agresivo conmigo.

—¡Está forzosamente loco si piensa en un intento de asesinato! —protestó—. Estoy convencido de que nadie intentó matarle. No tendría sentido. Todo fue un accidente... El teniente Harlan, como adivino, no tenía ningún porvenir, ciertamente.

Lo supe aquella misma noche.
Cuando intentaron asesinar me por segunda vez...

—Es para usted.
—¿Para mí? —me extrañé.
—Eso dice la tarjeta:

«Al hombre a quien tanto mal causé sin querer. Con los mejores deseos de una amiga sincera; Samantha Foreman»

—¡Samantha Foreman! —Me erguí en la cama, sorprendido—. La mujer que conducía el «Chevrolet» azul...

—Una de las mujeres más ricas de San Francisco —asintió la enfermera Evans. Me miró, pensativa—. Usted parece predestinado a verse rodeado de mujeres bonitas... —Cierto— sonreí. —Usted es una de ellas.

—No hablaba de mí, sino de su detective con faldas, de la famosa millonaria...

—Yo hablaba de usted, enfermera Evans —corté, tomando el paquete entre mis manos—. Veamos qué hermoso obsequio me envía de recuerdo la dama del «Chevrolet» azul con los frenos rotos...

Y empecé a desprender el bramante y el papel manila que envolvía el paquete recién llegado al Centro Médico. Curiosa, la enfermera Evans se inclinó sobre mí. Por vez primera advertí, bajo el almidonado de su delantal blanco, que su torso no tenía nada que envidiar al de Leslie Saint John, detective privado.

Pero procuré centrar mi atención en el envoltorio. Lo tenía casi desenvuelto ya, cuando presentí lo peor.

Me detuve, con las manos a punto de alzar la tapa de cartón de una caja rectangular, color café. De súbito, tuve miedo. Un increíble, sorprendente miedo a algo incorrecto, oscuro y siniestro, agazapado cerca de mí, en alguna parte. Quizá... ¡quizá dentro de aquella misma caja!

—¡Cuidado! —aullé, quizá en un arranque de insensato histerismo—. ¡No toque eso, enfermera Evans!

Ella me miró con horror, con incredulidad, mientras yo saltaba del lecho, sin preocuparme de mis heridas, todavía con la caja en la

mano. Vertiginosamente, penetré en el anexo dedicado al aseo, abrí los dos grifos de la bañera, y esperé a que el nivel del agua fuera lo suficientemente elevado como para sumergir en el líquido elemento aquella caja sin abrir.

Cuando me volví, tras dejar la caja dentro del agua, vi a la enfermera, muy pálida, en el umbral de la puerta, muy fija.

—¿Qué... qué sucede, por Dios...? —demandó, nerviosa, trémula.

—No lo sé —musité—. No lo sé... Quiera Dios que me haya equivocado, enfermera Evans... —Equivocado, ¿en qué?— indagó ella, aturdida.

—En eso —señalé la caja que flotaba en el agua, despidiendo burbujas de oxígeno—. ¿Qué ocurre con ello? ¿Es que se ha vuelto loco? Es un obsequio, simplemente... —Tal vez me precipité— admití. —Y sea lo que usted dice... y nada más.

Me aproximé yo solo. Sumergí lentamente la caja. La fui entreabriendo pausadamente. En ningún momento había sonado tic-tac

alguno que acusara la presencia de un mecanismo de relojería dentro de la caja. Estaba diciéndome a mí mismo que era quizá un necio completo, cuando al sacar la tapa de la caja... apareció aquello.

Lo contemplé fijamente. Sentí brotar el frío sudor, pegajoso sobre mi piel. Me apoyé en la bañera, rehaciéndome despacio.

—No —musite—. No hubo error... Vea, enfermera Evans... Ahora ya puede asomarse... Esa caja... esa caja contenía... un mecanismo de muerte... «destinado a mí».

La enfermera se inclinó. Era cierto. Ella pudo comprobarlo por sí misma.

No era una bomba de relojería. Era algo más sutil y silencioso. Pero igualmente mortífero, si el destinatario cometía el error de abrir la caja sin extremas precauciones.

Dentro del agua, en la caja rectangular, se disparó a medias, sin fuerzas, a causa de la acción y la presión del líquido elemento, un doble sistema de muelles, que lanzó dos dardos, cada uno en dirección opuesta. Ambos proyectiles se estrellaron en las paredes de la bañera, tras luchar contra el agua. Cayeron dócilmente, desprendiendo unos viscosos goterones color verde oscuro, casi

pardo, densos como gotas de mercurio.

—Veneno... —musité roncamente—. Estoy seguro. Es veneno... y penetrará mortalmente en la piel de quien abra una caja así, tal y como la recibe...

—Veneno... Suena tan fantástico... —protestó la enfermera Evans.

—Está ahí. En esas agujas de muerte, dispuestas para mí... Hágalas analizar, por favor.

—Enseguida, pero... suena tan raro, tan fantástico... Como en un viejo melodrama de asesinatos misteriosos...

—¿Olvida que yo mismo fui la víctima de un intento de asesinato misterioso? Ahora, con este atentado, se ha confirmado mi sospecha, enfermera Evans...

Ella no dijo nada. Contemplaba aquellos dos engranajes, simples y rudimentarios, formados por dos muelles y resortes de disparo. Al alzar la tapa de la caja, ajustada con muelles a la misma, los resortes se lanzaban, distendiendo los sistemas de proyección. A uno y otro lado, las agujas iban mortalmente al encuentro de su víctima. No importaba el punto desde donde se manipulase. Había un noventa y ocho por ciento de posibilidades de recibir el impacto en algún punto del cuerpo. Posiblemente, la sustancia era lo bastante letal como para que bastara un leve pinchazo.

Recordé, como dijera la enfermera Evans, aquellos viejos folletones policíacos, donde los asesinos buscaban *curare* y venenos semejantes, tan exóticos como difíciles de obtener. Quizá este veneno no fuese tan raro, pero sí tan eficiente, a la hora de disgregarse en la epidermis.

—Y lo envió Samantha Foreman, la responsable del atropello... —me recordó la enfermera Evans, pensativa, contemplando la caja mortal.

—Al menos, eso dice ahí. Pudo ser ella, pero hay muchas posibilidades de que no sea así. Nadie es lo bastante estúpido para firmar una muerte con tanto descaro.

—A no ser que sea demasiado listo —completó la enfermera, mirándome muy fijo.

—Sí —yo también la miré, sorprendido de su agudeza—. Eso sí...

No dijimos más. La enfermera Evans, resueltamente, tomó la

caja, volviendo a guardarla en su envoltorio de papel manila, para ir con ella a los laboratorios. Cuidadosamente, manipuló con una toalla, que también tomó consigo, las dos agujas manchadas de la densa sustancia oscura.

Con todo ello, se dirigió a la puerta de la habitación. La seguí hasta mi lecho. Antes de acostarme, me quedé mirando a la joven y eficiente empleada del Centro Médico de Telegraph Hill. En mi voz sonó la gratitud, la simpatía:

—Tenga cuidado con todo, enfermera —avisé—. No me gustaría que usted corriese riesgos por mi culpa...

—No se preocupe —sonrió ella, animosa—. No va a suceder ya nada. Este artefacto es inofensivo ahora. Y, cuando menos, usted va a poder ahora demostrar a la policía que tenía motivos para temer por su vida...

Abrió la puerta, saliendo al corredor.

En ese momento, sucedió el segundo y dramático incidente.

Pasaban dos enfermeros con los rostros enmascarados, portando una camilla vacía. Seguramente no hacían, sino dar vueltas ante mi puerta, a la espera de algo así.

Actuaron en el acto, apenas ella pisó el umbral.

Uno se precipitó sobre la enfermera Evans, avanzando sus manos enguantadas en goma, como dos zarpas. Gritó la joven sanitaria, asustada, incapacitada para defenderse. El segundo de los enfermeros de blanca mascarilla, se precipitó al interior de mi habitación. Le vi sacar algo de sus ropas, y apuntarme decidido.

Era una pistola automática, provista de silenciador. El arma disparó, con áspero chasquido, dirigiendo un balazo contra mí.

CAPÍTULO IV

La situación era difícil. Muy difícil. Y apremiante.

Las décimas de segundo podían ser decisivas en aquel momento. Lo fueron, de hecho. A mis propios reflejos, rápidos y precisos, debí la salvación de la vida, una vez más en tan corto espacio de tiempo.

El segundo enfermero de mascarilla blanca, cuando me apuntó con su automática silenciada, tenía todas las posibilidades a su favor. Y prácticamente ninguna jugaba en mi beneficio.

Pese a ello, reaccioné a tiempo, ya cuando su dedo oprimía el gatillo del arma. Me precipité hacia él, pero en una zambullida que, a la vez, me situaba horizontal en el aire, por debajo del nivel de su brazo.

El disparo fue como un taponazo. Un proyectil silbó sobre mis cabellos y se clavó en las ropas del lecho blandamente. Yo aterricé sobre sus piernas, derribándole aparatosamente. Ambos dimos vueltas sobre las baldosas del hospital, en pugna feroz. Era una desesperada lucha por sobrevivir. Yo sabía que, si le dejaba el más leve margen para recuperarse, me clavaría una bala a quemarropa. Su intención era matarme. Y estuvo ya a punto de lograrlo en su primer intento.

Allá, en el corredor, la enfermera Evans gritaba y forcejeaba, pugnando por recuperar el envoltorio revelador, en lucha con el otro enmascarado blanco. Yo había logrado sujetar el brazo armado de mi adversario y, pese a mis heridas, fui capaz de retenerle en tierra, golpeándole una y otra vez la cabeza contra el embaldosado, a cambio de recibir yo mismo un alud de rodillazos y golpes secos, a corta distancia.

En el hospital había ya revuelo. Acudían, sin duda, miembros de su personal, atraídos por los gritos de la enfermera. Logré desarmar a mi enemigo, goleándole la mano brutalmente contra el suelo. La automática volteó, lejos de nosotros, deslizándose debajo de la

cama.

El, a la desesperada, pugnó por escabullirse. Y lo logró. Me asentó un preciso, duro rodillazo en el estómago. Me quedé sin aliento. Se aflojaron mis brazos, él saltó, desprendiéndose de ellos, y tras derribarme de un brutal puntapié en el cuello, corrió a la ventana de la habitación, abriéndola sin pérdida de tiempo.

—¡No, por ahí no! —grité yo, recuperando el aliento—. ¡No lo haga...!

Pese a todo, lo hizo. Salvó el hueco, alcanzó una cornisa, sobre el patio interior, amplio y pulcro, del Centro Médico. Se perdió de vista, caminando por la angosta extensión saliente.

Me volví hacia la enfermera, para ayudarla. Ya no lo precisaba. Había perdido la caja con los resortes mortíferos, y el agresor, veloz, escapaba pasillo adelante, tras derribar de dos secos golpes a otros tantos enfermeros auténticos, que acudían a cerrarle el paso.

Se perdió por las escaleras de servicio, despreciando el ascensor abierto, del que habían salido ya un médico y dos enfermeras, corriendo en auxilio de la Evans. A mis espaldas, ocurrió algo.

Por la ventana llegó un aullido espeluznante. Me volví, sintiendo que se erizaban los cabellos de mi nuca. Pude percibir el distanciamiento rápido de aquel grito horrible. Luego, en alguna parte, un choque brusco, sordo. Y silencio después...

—Perdió el pie... —dije roncamente—. Se precipitó abajo...

Ya nos rodeaban varios miembros del personal sanitario. Yo tomé las manos, frías y temblorosas, de la enfermera Evans, pálida y asustada. Traté de animarla, y me interesé:

—¿Se encuentra bien, amiga mía?

Ella asintió, con un movimiento de cabeza. Su voz era débil al responderme:

—Sí, estoy bien... —Me miró, angustiada—. Pero ese hombre... Escapó con la caja...

—Déjelo —suspiré—. Tal vez den con él dentro del recinto sanitario. Lo importante es salvar la vida... Y esa gente venía dispuesta a matar, enfermera Evans.

—Sí —asintió ella, angustiada—. Lo sé... Me di cuenta enseguida...

El teniente David Harlan sacudió la cabeza, con desaliento. Estaba furioso cuando sepultó sus manos en los bolsillos del

sobretudo, mojado por la lluvia. —Nada— masculló—. Se evaporó el maldito...

—¿Pudo salir del hospital sin ser visto? —me sorprendí.

—Parece que eso es lo que hizo. Pudo evadirse por las cocinas o por los sótanos. Nadie le ha visto...

El doctor James R. Quinn terció en el asunto, tras hablar por teléfono con alguien. Se acercó a nosotros, para exponer su punto de vista:

—Después de todo, no era tan difícil. Ustedes no pudieron describirlo bien. Vestía bata y gorro de enfermero, mascarilla blanca, guantes de cirugía... Después de quitarse todo eso, podía parecer un paciente, una visita, un empleado... No sabemos cómo describir al hombre. Pueden haberle visto ante sus propias narices un centenar de empleados del Centro Médico, sin saber que se trataba de un extraño.

—Suponiendo que fuese un extraño —apunté.

—¿Eh? —El doctor Quinn, ceñudo, se volvió hacia mí—. ¿Qué quiere decir?

—Podría ser también uno de dentro. Un empleado, un auténtico enfermero. ¿Quién sospecharía entonces de él, una vez ocultase o destruyese el envoltorio, saliendo tan tranquilo de nuevo?

—Resulta una teoría insultante para nuestro establecimiento. Pero pudo ocurrir así. En estos lugares hay mucho empleado del que sabemos poca cosa. Cualquiera puede ser un delincuente, sin que nadie lo sospeche.

—¿Qué saben del que cayó al patio? —indagué.

—Poca cosa —refunfuñó el teniente Harlan—. Se hizo polvo el infeliz. Su rostro es irreconocible. Estamos probando a través de sus huellas, por si existe algún antecedente. Ya veremos...

—Sí, ya veremos —admitió el doctor Quinn, que no parecía demasiado complacido con mis teorías. Luego, paseó por la estancia, se detuvo ante la enfermera Evans, aún alterada por los sucesos, y la interpeló, autoritario—: Usted vio ese artefacto, las agujas con el supuesto veneno. ¿Qué conclusión sacó de todo ello?

—Que de no ser veneno, no resultarían mortíferas. Su sustancia parecía ser un producto tóxico, pero no hay ninguna evidencia de ello, por supuesto. No entiendo mucho de Toxicología, pero de ser algún veneno, tendría que ser vegetal.

—Como el *curare* —dijo el teniente Harlan, sarcástico—. Igual que en los relatos de Edgar Wallace...

—Recuerde algo, teniente —terció el doctor Quinn, preocupado—. En California, en Nevada, o en cualquier otro estado del Oeste, no sería improbable obtener venenos vegetales destilados de plantas conocidas por los pieles rojas. Puedo citarle una docena de esas plantas, fáciles de localizar y de destilar sus jugos tóxicos...

—Gracias por el informe —asintió Harlan, ceñudo—. Pensaba algo así. Lo del *curare* era simple broma. Pero todo eso de la caja con muelles, las agujas venenosas... Todo tan complicado, tan pasado de moda...

—Y junto a eso, un sistema más directo y actual —le recordé yo, señalando la pistola automática, de cañón provisto de silenciador, que aparecía envuelta en una bolsa de celofana, sobre la mesita de noche de mi habitación—. Pistoleros, silenciador y todo ello. No parece tener mucho sentido, teniente. Pero el hecho de que quieren verme a mi bien muerto, sí lo tiene.

—Sí, eso confirma sus temores previos —convino Harlan, de mala gana—. Alguien quiere asesinarle. Pero ¿quién?, ¿por qué? ¿Quién es usted? Demasiadas preguntas sin respuestas, amigo mío.

—Creí que es la policía la que buscaba siempre las respuestas —dije, sarcástico.

—Al menos, lo intentamos —me estudió con cara de pocos amigos—. Pero en su caso hay bien poca ayuda. Si, cuando menos, supiera quién es la víctima elegida... Esa maldita amnesia ha sido bien inoportuna.

No comenté nada. Pensaba igual que él, y yo con más motivos que nadie. A fin de cuentas, era la víctima. Y quién sufría aquella inquietante experiencia. Me hubiera gustado saber quién era yo, decírselo a todos, pero, dentro de mi cabeza, aquel maldito vacío, aquella zona en blanco, continuaba como una pesadilla. Era inútil tratar de recordar algo, de evocar un pasado muerto o, cuando menos, bien dormido en algún recóndito confín de mi cerebro.

Harlan tomó el arma provista de silenciador, y la guardó en su sobretodo. Iban a examinarla los peritos de la policía, pero no me hacía excesivas ilusiones al respecto. No era fácil hallar indicios en aquel asunto. Nada fácil...

Salió de la habitación. Ahora había un agente uniformado en el

corredor, guardando mi dormitorio. La medida no era del agrado del doctor Quinn, pero el teniente se había obstinado en ello, furioso por el doble intento de asesinato de poco tiempo antes.

Pedí línea para hablar con mi detective particular, pero Leslie Saint John no contestó en ninguna de las ocasiones en que probé comunicar. Debía hallarse ausente, a la caza de datos.

El doctor Quinn se había llevado unas muestras de agua de la bañera, para ver de localizar en ella algún residuo del veneno vegetal con que embadurnaron las agujas del artefacto mortal, y la enfermera Evans se ausentó, para ser relevada poco después por otra empleada del Centro Médico.

—Deseo que todo vaya bien desde ahora —me dijo, antes de ausentarse—. Suerte, amigo mío...

Me gustaría, cuando menos, saber cuál es su nombre...

—Uno cualquiera servirá —sonreí—. Llámeme Smith. John Smith. No es muy original, pero servirá...

—John Smith... —repitió ella suavemente, con un brillo burlón en sus bonitos ojos—. Sí, no está mal. Nada mal... Es mejor que nada. Hasta mañana, Smith.

—Hasta mañana, enfermera Evans —sonreí—. Y llámeme John. Me gusta más...

Fue agradable quedarse con su sonriente imagen en las retinas. Muy agradable. Me fui a la cama con esa sensación confortante y alentadora.

Cuando vi a la enfermera suplente por vez primera, me quedé sin aliento.

Se presentó como Claire. Claire Benson. No, no le importaba que la llamasen Claire, a secas. Supuse que había muchas cosas que no le importaban demasiado a aquella enfermera.

Era joven, aunque no tanto como la Evans. Y, ciertamente, no tan esbelta, ni mucho menos. Pero ella tenía a gala lucir sus arrogancias físicas, y por cierto que las lucía cuánto podía permitírselo su blanco uniforme.

Éste, más bien intencionadamente que por error, era de una o dos tallas inferior a la medida anatómica de la tal Claire. Eso hacía que sus opulentos senos parecieran proyectiles, a punto de perforar la blanca tela. Sus caderas eran dos curvas endiabladas, y sus nalgas unas caricatura del *Play Boy*. Rezumaba vitalidad por todos sus

poros, poseía unas piernas bien formadas, de muslos quizá demasiado rotundos, como una matrona de Rubens, y sus ojos, su boca y su gesto, eran tan angelicales como podían serlo en una diosa pagana, representando a Eros.

—Me han hablado de usted —me dijo, como presentación, sentándose en mi lecho para tomarme el pulso. Y como al hacerlo se inclinó para rozarme con sus prominencias, mi temperatura debió subir vertiginosamente—. Es un buen mozo. Me gusta.

—Esperaba una enfermera de edad, gruñona y malhumorada —sonreí, estudiándola críticamente—. Celebro haberme equivocado.

Su boca carnosa, sensual, me sonrió invitadora. Al cruzarse de pierna, vi el final de sus blancas medias de enfermera. Cuando se inclinó, su torso me eclipsó la luz.

—No soy vieja, ni gruñona, ni tampoco malhumorada. Ya me han contado lo que le sucede. Debe sentirse muy deprimido en esa situación, y sabiéndose en peligro...

—Lo soporto bien —dije, sintiendo otra clase de peligro, el de la vecindad de aquella endiablada mujer, cada vez más inclinada sobre mí—. De cualquier modo, el doctor Quinn posee un personal muy adecuado para levantarle a uno el ánimo en momentos de abatimiento.

—Oh, sí. La enfermera Evans es joven y bonita —me guiñó un ojo—. Pero es muy formal. Yo soy distinta. Me gusta ayudar a los pacientes que me caen bien. Y no sabe cómo puedo ayudarlos de bien, muchacho...

No, no lo sabía, pero podía imaginarlo. Cuando ella empezó a acariciar mi cabello, la imaginación dejó paso a la experiencia propia. Luego, me encontré con su boca pegada a la mía.

La rodeé con mis brazos, y la atraje hacia mí. Si esto formaba parte de los métodos clínicos de aquel establecimiento, bien venido fuera.

Ciertamente, la enfermera Claire Benson, sabía ayudar a los pacientes. Estaba empezando a demostrármelo. Y eso era sólo el principio...

Me enteré al otro día de que, por suerte, la enfermera Benson sólo prestaba sus servicios dos veces por semana, y no siempre en el mismo pabellón.

Eso era alentador para los pacientes. De otro modo, quizá el

tratamiento hubiera resultado demasiado intenso. Por la mañana, un enfermero suplió a la muy exuberante Claire Benson, tan generosa en sus proporciones como en sus afectos, y me sentí más tranquilo. No había duda de que ahora iría mejor mi cuadro clínico.

El teniente Harlan me visitó a mediodía. Mientras almorzaba, sentado en el lecho, escuché sus explicaciones. Tenía el semblante grave, taciturno.

—No hay ningún dato revelador —comenzó diciendo—. El arma fue vendida en Los Ángeles, y se denunció su pérdida hace más de un año. Es robada, sin duda alguna. No posee huellas, puesto que utilizaron guantes sanitarios, de goma. El hombre que cayó de la comisa del patio, ha resultado ser Nick Kelly, de Phoenix, Arizona. Hombre con antecedentes por robo, atracos y otros delitos. Se supone que trabajaba últimamente como pistolero a sueldo, pero no hay nada seguro.

—¿Y el veneno...?

—Un vegetal del sur de California, cerca de la divisoria mexicana. Una pulpa venenosa, de rápidos efectos. Los pieles rojas la utilizan, en pequeñísimas dosis, como estimulante cardíaco. En grandes dosis, es mortífera y rápida. Se supone que una aguja embadurnada con un gramo de esa sustancia, mataría incluso a un elefante.

—Y yo no soy un elefante —sonreí tristemente, retirando la bandeja de mi comida.

—No, no lo es. Debo admitir mi error, amigo. Intentan asesinarle, eso es obvio. Pero ¿por qué?

—Sueño con esa pregunta, teniente. Pero no se me ocurre ninguna respuesta. Ni siquiera sé aún quién pueda ser yo...

—Sus datos dan resultados negativos una y otra vez —me contó Harlan, irritado—. No hay referencia suya, ni ficha alguna en ninguna parte. En San Francisco, parece usted un perfecto desconocido. Esperemos a ver en el resto del país. El FBI se ocupa ya de eso.

—¿Saben algo del hombre que robó la caja de los resortes, huyendo luego?

—Nada. Se evaporó. Pudo ser un miembro de este hospital, como usted dijo. O tal vez cualquier otra persona. Esto es demasiado grande para poder ejercer un control de todo el mundo

en un momento dado.

—En resumen: nada, o poco menos que nada...

—Así es —se puso en pie, malhumorado—. Resulta desalentador, pero en cualquier momento encontraremos un indicio, una pista, algo que haga cambiar el panorama totalmente, amigo mío...

Se puso en pie, paseando por la habitación, con aire de disgusto. En ese momento, golpearon en la puerta. Asomó el enfermero.

—Tiene otra visita —me dijo.

—Vaya... —Me erguí en el lecho—. ¿Quién es ahora?

—Una dama muy atractiva, señor.

—Oh, entonces supongo que se trata de la señorita Saint John...
Hágala pasar.

—No dijo que se llamara así —negó el enfermero—. Dice que su nombre es... Samantha Foreman.

Harlan se detuvo con una imprecación. Luego, me miró a mí. Y yo a él. —Ella... —musitó el teniente—. Traté de localizarla hoy, sin conseguirlo... —De todos modos, hágala pasar— pedí al enfermero.

El asintió, retirándose. Harlan me estudió, ceñudo.

—Tenga cuidado —avisó—. Puede ser su enemiga mortal. Ella le atropelló. Ella dice usted que envió el paquete...

—No hagamos conclusiones precipitadas —corté—. Me intriga esa dama...

—Y a mí. Pero es dura de pelar. Inteligente, con demasiado dinero, influencias, buenos abogados... —El teniente sacudió la cabeza—. Si uno tropieza con alguien así, puede costarle incluso el cargo... ¿A qué diablos vendrá ella aquí?

—No lo sé —vi que la puerta se abría, y tuve una sonrisa—. Ahora mismo lo sabremos, teniente...

Ella apareció. Y entró en la habitación del hospital.

—Buenos días —saludó—. Soy Samantha Foreman.

Y se quedó mirándome fijamente.

CAPÍTULO V

Samantha Foreman.

La estudié en silencio, largamente. Harlan también, con cara malhumorada. Ella no pareció prestar ninguna atención al policía.

—Es un placer conocerla —dije.

—¿De veras? —dudó ella, enarcando las cejas.

—Claro. ¿Por qué no?

—En su situación... Le habrán dicho ya que fui culpable. Enteramente culpable... —¿Rompió usted los frenos de su propio coche?— sonreí.

—Cielos, no. Por supuesto que no. —Entonces no puede ser culpable.

—Me alegra que piense así —dijo ella suavemente. Se acercó al lecho. Tenía andares lentos, aristocráticos. Era rubia, de un rubio suave, sin estridencias, de ojos verde parduscos, de boca bien dibujada, de recta nariz. Vestía un conjunto *tweed*, marrón y *beige*, realmente sobrio y juvenil a la vez. Añadió con lentitud, como estudiando sus palabras—: ¿Cómo se encuentra ahora?

—Bien —dije—. Me encontraría mejor, de no haber sido por el susto que su envío me provocó ayer...

—¿Mi envío? —Pestañeó ella, sorprendida—. No entiendo... Yo no le he enviado nada.

—Llegó un envoltorio con su tarjeta. Al abrirlo, resultó contener unos dispositivos que disparaban dardos envenenados. Me salvé de puro milagro, señorita Foreman. —¿Está hablando en serio?

—¿Usted qué cree?

—Pero eso es ridículo. Yo no le envié nada. Y menos semejante cosa...

—Empiezo a creer que fue así —afirmé, sonriendo—. Alguien utilizó su nombre, aprovechando que usted me atropelló con su coche. Así, todo señalaba a una misma persona.

—Pero eso no tiene sentido. Ni siquiera le conozco. ¿Por qué había de querer yo causarle daño alguno, señor... señor...?

—No se moleste. No sé mi nombre. Nadie lo sabe.

—Entonces es cierto lo que me dijeron de que el atropello le provocó... amnesia... ¡Oh, nunca me lo perdonaré...!

—Ya le he dicho que no la considero culpable. Aunque resulte tan extraño que, después de ese accidente, intenten matarme con un artefacto mecánico... y después con un arma provista de silenciador, dentro de este mismo hospital.

—¿Eso ha sucedido? —Se estremeció ella, con los ojos muy fijos en mí.

—Sí, señorita Foreman —terció el teniente Harlan—. Y por cierto que quiero interrogarle a usted sobre todo ello muy a fondo, y esta ocasión es tan buena como cualquier otra para llevarlo a cabo. Ya que está usted aquí...

—Ya que estoy aquí, hablaré con el paciente, a quien he venido a ver. No con la policía —replicó ella fríamente, volviéndose a contemplarle con agresividad—. Si desea interrogarme, lo hará en presencia de mi abogado. Si me quiere acusar de algo, arrésteme sin más rodeos. En ambos casos, naturalmente, ateniéndose usted a las consecuencias que su actitud pueda provocar.

—Tengo perfecto derecho a interrogar a un testigo, señorita Foreman —avisó Harlan, con tono áspero.

—Exacto. Pero en su despacho del Departamento de Policía, o en mi casa, ante mi asesor legal. Eso es todo. Y preferiré que no lo olvide. Ahora, quiero hablar con este caballero a quien vengo a visitar... y a solas. Buenos días, señor.

Harlan apretó los labios. Miró con ira a la joven millonaria. Era evidente que ser un Foreman tenía su importancia, y ella la hacía valer. Resultó divertido ver a un hombre como el teniente, soltar un bufido y abandonar la estancia, con un seco portazo.

Nos quedamos mirándonos ambos. Yo no me fiaba mucho de ella ni de nadie. Samantha Foreman podía ser culpable. Si alguien daba impresión de serlo, era ella. Pero no era fácil que allí se atreviese a nada.

—Bien... —suspiré—. Siéntese, si lo desea.

—Gracias —murmuró ella con suavidad. Tomó una silla, se acomodó junto a mi lecho. Me miró, muy fija—. ¿No me tiene

miedo?

—¿Miedo? —Moví negativamente la cabeza—. No, ¿por qué había de tenerlo?

—Si sospecha de mí...

—No he dicho que sospechara de usted.

—¿Cómo se explica, entonces, lo sucedido? Primero le atropello con mi coche, luego pretenden dos veces matarle en el hospital... ¿Por qué? ¿Quién?

—¿Y usted me lo pregunta?

—Yo iba al volante del coche que le atropelló. Pero no le conozco de nada, no sé quién es y no pretendí causarle daño alguno. Cuando quise darme cuenta, el coche descendía la calle, con los frenos rotos. De haber ocurrido las cosas de otro modo, me hubiese matado yo.

—Sí, ya lo he pensado —la miró, reflexivo—. Lo curioso es que siempre tuve el presentimiento de que intentaron matarme «a mí». Después se confirma eso... al sufrir dos atentados casi simultáneos. Pero una cosa no encaja con otra. Si usted no intentó hacerme daño, los frenos no pudieron rompérselos para que me arrollase a mí, porque nadie iba a prever que yo pasaría por aquella calle justamente cuando usted subiera al coche. Por otro lado, si me han atacado en el hospital, es porque, evidentemente, hay la intención de matarme. ¿Usted lo entiende?

—No, no lo entiendo. En absoluto, amigo mío. Esperaba que usted pudiera aclararme algo.

—Yo... —resoplé, irónico—. Yo que camino entre tinieblas... como si no existiera. Como si hubiera muerto esa noche en que su automóvil se vino sobre mí inesperadamente...

Me mantuve silencioso, reflexivo, Samantha Foreman respiró hondo. Sentí el roce de aliento, mezclado con el aroma suave, tenue, de un perfume de flores. Vi sus manos, largas y estilizadas, de esbeltos dedos. Un delgado anillo de platino y diamantes en un dedo, eran todas las joyas que lucía. No las necesitaba. Poseía elegancia, distinción. Se veía su posición social y económica, sólo con examinarla un instante.

—Quisiera hacer algo por ayudarle... —La oír murmurar.

—¿Sí? —Alcé los ojos—. No es fácil, créame.

—Lo imagino. Sobre todo por usted mismo, por su identidad...

¿No existe medio de que colabore en hallarle a usted mismo? Algún indicio, algo que pueda...

—No —negué—. Nada. Nada sé de mí mismo ahora. Ni cómo hallarlo. Ni un documento, ni un distintivo en mis ropas, en mis objetos... Ni un anillo, ni un reloj, nada de nada. No figuro en los archivos ni ficheros, nadie me conoce... Es desalentador, ¿no?

—Es horrible —se lamentó ella, mirándome con una especie de ternura, de compasión, de pena tal vez—. ¿Le hallaron de esa forma, cuando le recogieron en la calle Kearny?

—Exactamente. Usted quizá no advertiría si, cuando fui atropellado, llevaba conmigo reloj, alguna otra prenda que no fuesen la americana verde oscura y el pantalón gris con que fui hallado...

—Estaba lloviznando. Era lógico que llevase un impermeable o sobretodo, pero... no. No lo llevaba. Iba como usted dice. Lo puedo recordar. Y con el sombrero, eso sí...

—¿Sombrero? —Di un leve respingo. Sacudí la cabeza—. No, se equivoca. No hay sombrero.

—¿Cómo?

—No hay sombrero. No lo tengo. No me ha hablado nadie de él —señalé un armario empotrado, esmaltado de blanco—. Ahí tengo mis ropas. Zapatos, calcetines, camisa, corbata, pantalón, americana, prendas interiores. Y nada más. Nadie recuerda un sombrero.

—Rodaría por la calle, no sé. No lo recogerían. Yo lo vi con sombrero. Era uno de esos sombreros de cuero, deportivos, blandos y flexibles... Brillaba con la lluvia. No puedo equivocarme. Fue al verle caer, delante del coche, al pretender frenarlo, al fijarme en su gesto de repentino terror... Sí, seguro. Usted llevaba sombrero.

Fue al armario. Lo abrió. Examinó las ropas. Buscó en vano la prenda citada. Yo moví la cabeza de lado a lado.

—No. No lo hallará. No lo he llegado a ver, ni me hablaron de él.

—¿Cree que puede significar algo?

—No lo sé. Un sombrero puede llevar una etiqueta en la badana interior. O unas iniciales grabadas... Claro que también las demás ropas deberían llevarlas... y no hay nada.

—Lamento no poder ayudarle más —suspiró, cerrando el

armario—. Pregunte por él, de todos modos. Quizá alguien lo recogió luego. Ahora, debo dejarle. Un pariente mío llega de Hong Kong por vía aérea. Debo ir a recibirle, al aeropuerto. Pero si quiere algo, no olvide que me encontrará en mi residencia de Pioneer Park, en lo más alto de Telegraph Hill, y allí le recibiré gustosa cuando usted quiera ir. Aunque no sepa su nombre... le consideraré un amigo. Y le doy mi palabra de que nada tengo que ver con sus problemas actuales.

—Gracias, señorita Foreman. De cualquier modo, cuando vaya a verla, diré que John Smith desea ser recibido.

—John Smith... —Ella sonrió—. Buen sentido del humor. No olvidaré ese nombre, de todos modos.

Me tendió su mano. La oprimí suavemente. Luego, taconeó con graciosa altivez hacia la puerta de mi habitación. Observé que dejaba unas revistas y diarios en una silla. Se lo advertí. Ella movió la cabeza negativamente.

—Ya los he hojeado —dijo—. Puede leer usted, si quiere. Hasta pronto, John Smith.

—Hasta pronto, señorita Foreman —respondí.

Y me quedé solo. Me incorporé, despacio. Fui a por los periódicos. Los revisé, distraído. Me detuve ante una fotografía conocida. Otra vez ella, Samantha Foreman. Siempre era tema en las crónicas de sociedad.

Leí el titular, junto a la fotografía de mi bella amiga... o enemiga.

«Samantha Foreman desmiente que vaya a comprometerse con su primo Edward, de Hong Kong, que próximamente visitará nuestro país. “Ni siquiera sé cómo es físicamente —dice la joven y hermosa millonaria—. La última vez que vi a mi primo Ed... él tenía la friolera de... cinco años”».

Sonreí. Ella también tenía sentido del humor. Fruncí el ceño. Edward... Ése debía de ser el primo que llegaba de Hong Kong en avión...

Volví a ver fotografías de Samantha, en traje de deportes o en bañador, practicando en las costas de California cualquier actividad deportiva. Ella siempre era así. Ella y su mundo.

Dejé los periódicos, cansado. Quise dejar de pensar en todo. Pero al cerrar los ojos, vi mentalmente una escena casi olvidada ya, junto con lo demás que formaba mi vida: la calle Kearny, empinada y resbaladiza por la lluvia... El coche de Samantha... El coche *ranger* de un tal Mac Divitt... El choque, el accidente...

Luego, el hospital. Y de nuevo el atentado criminal. ¿Por qué querían asesinarme? ¿Y quién?

Miré a mi alrededor. No me sentía tranquilo. No allí dentro, en el hospital. Rodeado de color blanco, de olores asépticos, de silencio... Lejos de la noche y de la lluvia, sí. Pero parecía tan fácil vestirse de enfermero o de médico, llegar hasta mí, asesinarme...

Afuera estaba la verdad, la razón de todo. Y el peligro, claro. Pero el peligro estaba en todas partes.

Me levanté, nervioso, irritado. Abrí el armario. Me incliné. Examiné mis ropas, una vez más. Siempre esperando el milagro. Siempre pensando en dar con una clave, con una pista cualquiera...

Era inútil. Lo habíamos intentado mil veces todos nosotros: Harlan, el doctor Quinn, yo mismo...

Bolsillos vacíos, ausencia de etiquetas, de documentos, de indicios...

Contemplé los zapatos. Estaban nuevos. Muy nuevos. Eran también de piel flexible, como decían que fue mi sombrero. Mocasines blandos, cómodos, poco usados. Miré su interior. Tampoco había allí etiqueta alguna. Sólo las plantillas livianas, confortables...

Las plantillas...

El corazón me dio un vuelco. Plantillas... A nadie se nos había ocurrido antes. Seguro que no. Al menos, yo no lo recordaba.

Probé a sacar una de las plantillas. Lo logré. La volví. Allí estaba.

Así de sencillo. Así de simple. Así de fácil. A nadie se le ocurrió. A nadie. Ni tan siquiera a quien me despojó de documentos, etiquetas, reloj...

«Calzado de lujo a medida. Zachary Morley. Los Ángeles». Era algo. Podía ser mucho.

Regresé a la cama. Pulsé el timbre, llamando al enfermero de turno...

El entró, solícito, con su gorro y bata blancos, con su blanco

calzado de trabajo. No sabía lo que le esperaba. Se aproximó, sonriente.

—Dígame, señor, ¿desea algo? —indagó.

—Sí. Acérquese, por favor. Aquí. Inclínese, eso, eso... Luego, pegué fuerte y seco. Procurando causarle el menor dolor posible. Pero con la mayor contundencia de que fui capaz. Y fue bastante.

CAPÍTULO VI

—¿Está usted loco?

—Es posible que lo esté, sí.

—Hace falta estarlo para una cosa así. No sólo escapa del hospital, sino que se disfraza de enfermero, tras dejar sin sentido a uno de ellos. ¿Qué es lo que piensa hacer ahora?

Me quité la bata blanca, única prenda que conservaba. Tomé el envoltorio, cambiando mis zapatos blancos de enfermero por los míos propios, blandos y cómodos, de un zapatero de lujo en Los Ángeles. La americana verde oscura suplió a la bata. Y volví a ser yo mismo. Fuese quien fuese, yo mismo.

—Pienso buscar la verdad —dije.

—¿Qué verdad? —preguntó Leslie F. Saint John, detective privado.

—La mía. Sea cual sea. Quiero saber quién soy. Y quiénes son los demás también.

—Yo soy un empleado suyo en estos momentos —estiró su suéter, con lo que resaltó más aún la protuberancia de sus senos. Sonrió, moviendo la cabeza, y encendió un cigarrillo—. ¿Lo había olvidado ya, amigo?

—Claro que no. Por eso vine aquí. La necesito, Leslie.

—Creí que se las valía por sí solo.

—En ciertas cosas solamente. No quiero seguir encerrado en el hospital, esperando a que alguien me envíe una bomba y vuele con todo lo que me rodea.

—¿Qué espera que le ocurra fuera del hospital? Si realmente pretenden matarle, en la calle será todo mucho más fácil.

—Ya veremos —sonreí, pensativo—. ¿Ha descubierto ya algo?

—Poca cosa. No ha dejado usted muchas huellas tras de sí, que digamos. Vi a Mac Divitt.

—¿El hombre del coche *ranger*?

—El mismo. Un tipo que tiene una granja en las afueras de San Francisco, camino de San Mateo County. Parece un hombre simple, un tipo cordial y sencillo. Recordaba todos los detalles. Incluso su sombrero.

—Mi... ¿qué? —pregunté, sobresaltado.

—Su sombrero. Usted llevaba sombrero. ¿No lo sabía?

—No. No lo sabía. Lo supe hace poco. Parece que es cierto, ¿no? Un sombrero de cuero, flexible. Así me la describieron.

—Así era.

—¿Lo tiene Mac Divitt?

—No, él no. Lo vio allí, en la calle, cerca de donde usted yacía. Cuando quiso recogerlo... es curioso. No lo encontró. Lo buscó, pero no lo encontró. Y usted no lo llevaba.

—¿Es todo?

—No es mucho, pero es algo. Hubo alguna persona cerca, que recogió la prenda. Pero Mac Divitt insiste en que nadie se acercó a usted para quitarle las restantes prendas o los documentos que pudiera llevar encima. Estuvo a su lado él todo el tiempo. Luego, llegó la ambulancia y se lo llevaron. ¿Entiende eso?

—No, no lo entiendo —gruñí—. Pero si sólo fuera eso...

—En resumen: es usted un misterio viviente, amigo. La primera vez que tengo un cliente cuyo nombre desconozco. Eso podría ser divertido. Pero no lo es.

—Dígamelo a mí —mascullé, malhumorado—. ¿Va a acompañarme ahora, Leslie? —¿Adónde?

—A Los Ángeles.

—¡Los Ángeles! —Meneó su rubia cabeza—. Cielos, lo que dije. Está rematadamente loco, muchacho.

—Eso es. Rematadamente. Pero... ¿vendrá?

Ella me miró. Luego, se echó a reír.

—Sí —afirmó—. Iré con usted.

—Buena chica... —aprobé con un guiño. Y no me atreví a darle un pellizco en la nalga, porque de repente recordé que tenía aspecto de saber judo.

Los Ángeles.

Un vuelo rápido desde San Francisco. Muy rápido. Mucho más rápido, incluso, que escapar de un hospital, disfrazado de enfermero, con las ropas robadas a uno de ellos, que duerme

involuntariamente.

Y uno está en Los Ángeles. Buscando un nombre. Un hombre llamado Zachary Morley. Un zapatero de lujo...

Era ya muy tarde. La zapatería de Zachary Morley, en Wilshire Boulevard, estaba cerrada. Pero había luz dentro.

Llamé. Cambié una mirada con Leslie, mientras esperaba. La mujer detective no hizo comentario alguno. Se había dado cuenta de que yo quería llevar la iniciativa, y me dejaba hacer a mi modo.

—Quizá no nos abran —comenté.

Me equivoqué. Poco después, la puerta era accionada desde el interior. Un hombre alto y fornido, de cabellos blancos y rostro redondo, de sano color, asomó en el hueco, mirándonos con sorpresa.

—Señores, lamento no poderles atender ya —habló, con tono cortés—. Es tarde, y mi personal se ha ausentado ya. Pero mañana, a las nueve en punto, yo...

—No necesitamos a su personal, sino a usted solamente, si es el señor Morley —corté.

—Pues... sí. Soy Morley —me contempló, pensativo. Luego enarcó las cejas—. Por cierto, ¿no nos hemos visto antes?

—No lo sé —confesé francamente. Y nunca había sido más sincero en decir algo—. Si usted me recuerda, significaría más de lo que cree. ¿Podemos pasar? Solamente deseamos hacerle una consulta sobre un calzado confeccionado por usted, y muy recientemente, al parecer. Es importante. Y urgente.

—No comprendo... ¿Son acaso de la policía? —Manifestó, con aire receloso.

—Detective privado —Leslie exhibió su credencial—. Él es mi cliente.

—Oh, privado... —Pareció hacerle tan poca gracia una cosa como otra—. Bueno, eso es diferente, pero... de cualquier modo, no me gusta que la policía o los investigadores particulares se mezclen en mis negocios. No es... no es una idea cómoda, ¿no creen?

—En efecto, no lo es —admití, pasando al sernos autorizado con un gesto el acceso al interior del negocio—. Pero a veces uno debe recurrir a muchos medios para hallar algo.

—Bien, ustedes dirán lo que quieren —se frotó las manos, pensativo, y fijó de nuevo sus ojos redondos en mí, separándolos,

bien a su pesar, del busto de mi compañera. Insistió, con tono curioso—: ¿Cierto que no nos vimos antes señor...?

Dejé en el aire mi nombre. Deseaba vivamente que me hubiera visto antes. A juzgar por mi calzado, así debía de ser, pero mientras él no recordase, yo no podía hacerlo.

—Es muy probable que usted me conozca, señor Morley —dije, con tono ambiguo—. Ahora de lo que se trata es de que reconozca este calzado mío. ¿Lo reconoce?

Miró mis zapatos. Se inclinó, rozándolos levemente con sus dedos. Asintió, al incorporarse.

—Nunca los podría confundir, señor —dijo, con orgullo—. Son míos. Obra nuestra. A medida, naturalmente.

—Exactamente —asentí—. Son recientes. Pero supongo que ya no recuerda para quién los hizo.

—Para usted, evidentemente —sonrió, complacido—. Calzan como guantes. Sólo podrían ser suyos, señor. Y usted lo sabe.

—Muy bien. ¿Cómo estar seguros de que son hechos para mí?

—Cielos, nadie me preguntó jamás una cosa así. Usted... usted mismo tuvo que venir a encargarnos, le tomamos medidas... Es calzado de la temporada. No puede tener más de un mes, ni menos de quince días... E insisto: le conozco, recuerdo su rostro, su voz... aunque mi memoria no es muy buena. Soy un pésimo fisonomista, señor... señor... ¿Cómo dijo que era su nombre?

—No lo sé —confesé—. No sé nada sobre mí. Padezco una enfermedad más común de lo que la gente imagina; amnesia.

—¿Amnesia?

—Eso es. Pérdida de memoria. No sé quién soy. Por eso busco un indicio en el calzado. Perdí mis documentos, mis pertenencias... Usted es mi esperanza, señor Morley.

—Eso es diferente —me miró, perplejo—. Amnesia... Extraña cosa. Venga, por favor.

Nos condujo a un pequeño despacho. Pareció embarazado para hacer una pregunta:

—¿Puede... puede usted... quitarse un zapato, el derecho?

Asentí. Me quité el zapato. Se lo tendí. Él lo tomó, mirando algo en su interior, con una pequeña lámpara eléctrica que proyectó un recto hilo de luz sobre algo grabado dentro del zapato. Respiró hondo, con satisfacción. Me incliné hacia él.

—¿Ha hallado algo? —indagué.

—Por supuesto, señor. El número y las letras de la serie de elaboración. Ya está localizado. Su calzado lleva las cifras de control

MBA-1028.

Es reciente, muy reciente...

Abrió un volumen. Su dedo recorrió delicadamente la serie de cifras. Se detuvo al fin en una. Me miró, pestañeando. Luego, consultó otra vez el libro.

—Claro —dijo satisfecho—. Ya sabía yo que le conocía... Ahora le recuerdo.

—¿Sabe... sabe «quién» soy yo? —me interesé.

—Por supuesto. Aquí está su nombre. Pero no es sólo eso. Ya le he recordado, sin lugar a dudas. Es usted. El mismo caballero que adquirió ese calzado.

—Sí, pero... ¿quién? —le apremié, intrigado.

—Usted es... es el señor Edward Foreman, llegado de Hong Kong hace veinte días...

—Edward Foreman... ¡El primo de Samantha Foreman! Tuvo... tuvo que equivocarse... —¿Por qué motivo? Alguien tenía que ser usted, ¿no cree?

—Sí, pero precisamente Foreman... Además... él llegaba hoy a San Francisco, procedente de Hong Kong. No puede... no puede haber dos Edward Foreman.

Leslie F. Saint John me contempló en silencio, a través del humo del cigarrillo y la luz de las velas, en aquel restaurante típico de Sunset, donde en otros tiempos acudían las estrellas famosas del cinema. Desde los muros, nos sonreían caricaturas autografiadas de Marilyn Monroe, Cary Grant, Gary Cooper, James Stewart, Betty Crable, Judy Garland, Frank Sinatra, Gene Kelly o Bárbara Stanwyck.

—Yo no sé si habrá «dos» Foreman —habló ella, paciente—. Pero sé que si es así, ambos tienen el mismo número de calzado, y se parecen tan extraordinariamente, que el señor Morley está seguro de que no son una misma persona. Además, intentaron matarle o fue víctima del accidente en la calle Kearny, que conduce a Pioneer Park, donde Samantha Foreman tiene su residencia... ¿No son

suficientes coincidencias como para aceptar esa versión de los hechos?

—Admito esas coincidencias, pero aun así... no puedo entender lo que sucede. Si soy Edward Foreman, ¿por qué no lo recuerdo en absoluto? ¿Quién llegará en mi lugar, al aeropuerto de San Francisco, esta noche, en vuelo directo desde Hong Kong?

—Esa pregunta no es ninguna tontería —manifestó vivamente ella, con gesto de sorpresa. Se puso en pie—. Vamos a averiguar algo ahora mismo.

—¿Qué, Leslie?

—Sí, realmente, un Edward Foreman, legítimo o apócrifo, llegó esta noche a San Francisco, en ese vuelo de Hong Kong. Aunque supongo que, de ser falso, su prima Samantha le identificaría enseguida...

—Lo dudo —suspiré, recordando aquel periódico en el hospital—. La última vez que ella le vio... su primo tenía sólo cinco años.

Leslie me miró sin decir nada. Fue al teléfono. Pidió una llamada a larga distancia. Habló con el aeropuerto de San Francisco. Luego, pidió otro número, pero regresó rápidamente de la cabina, con aire decepcionado.

—En la lista de pasajeros figuraba un Edward Foreman, procedente de Hong Kong, Manila, Isla de Wake, Honolulu, Los Ángeles, San Francisco. Es decir, pasó por aquí previamente.

—¿Y bien...? —indagué, perplejo.

—Si usted ahora no padeciera amnesia y hubiera querido tomar ese avión en Los Ángeles, fingiendo que viene de Hong Kong, lo hubiera podido hacer sin despertar sospechas en Samantha, que no tendría por qué preguntar a nadie si usted subió allá o aquí, puesto que daría por sentado que su primo no tenía por qué engañarla.

—¿A qué viene hablar de ese modo?

—Viene a cuento de que alguien está engañando a alguien —me miró, pensativa—. Y podría ser que usted, en su vida normal, fuese un pillo en algún sentido, si es realmente Foreman. La razón resulta obvia: Samantha espera esta noche, procedente de Hong Kong, a un hombre que, de ser todo eso cierto... llevaría ya más de veinte días en el país.

—Es verdad —asentí—. Pero ¿y si no soy Foreman?

—Entonces, ¿por qué se hizo pasar por Foreman en la zapatería

de Morley?

—Usted gana —suspiré—. Me caza por todas partes, Leslie.

—Eso forma parte de mi trabajo —sonrió ella cansadamente—.

Llamé también a la residencia Foreman, en Telegraph Hill.

—¿Resultado?

—Negativo. Samantha no estaba en casa. Ni, naturalmente, primo alguno. Si ha venido en ese avión, no fueron directamente a casa.

—Usted es el detective. ¿Qué sugiere que hagamos?

—Usted es el cliente. ¿Qué interesa adivinar?

—Ante todo, saber si yo soy Edward Foreman. Y si he estado tiempo en Los Ángeles, y por eso nadie en San Francisco me recuerda...

—Hong Kong es el lugar donde pueden decirle a ciencia cierta si es usted Foreman. Pero está muy lejos ahora. Primero, investiguemos en Los Ángeles.

—Conforme. Investiguemos «cuándo» llegué yo a esta ciudad, procedente de Hong Kong.

—Una buena idea. Hay varias compañías aéreas que cubren los vuelos desde Hong Kong. Y varios vuelos diarios. Llevará algún tiempo, pero daremos con algo, si se inscribió con su auténtico nombre...

Pagué nuestras consumiciones. Salimos, tomando un taxi, que nos condujo al aeropuerto internacional de Los Ángeles. Allí, empezamos a recorrer compañías que tuvieran vuelos regulares de Hong Kong.

Tardamos poco en dar con lo que buscábamos. Me tocó a mi localizar en el registro de una compañía británica, el nombre de Edward Foreman. Era un vuelo de Hong Kong, realizado diecisiete días atrás. El viajero rendía viaje en Los Ángeles.

—Sólo falta saber si ese Foreman era yo —dije, pensativo.

—¿No recuerda nada? ¿No despierta evocaciones el nombre, la mención de Hong Kong, por ejemplo...? —habló Leslie, mirándome atentamente.

—No, nada —rechacé—. Es como oír hablar en una lengua desconocida. No asocio nada con mis pensamientos. No hay recuerdo.

—Dios mío... —Respiró con fuerza la mujer detective—. Es

enloquecedor...

—¿Y me lo dice a mí? —Me encogí de hombros, furioso conmigo mismo—. No sabe lo que es sentirse uno como alguien que no existe... Como si hubiera sido muerto aquella noche...

Abandonamos el aeropuerto, regresando al centro de Los Ángeles. Leslie se mantenía silenciosa. Yo comencé a enumerar los descubrimientos hechos últimamente.

—Edward Foreman anuncia su regreso de Hong Kong. Pero en realidad, lleva ya más de dos semanas en Los Ángeles. Luego, fingirá que llega directamente de Asia. ¿Por qué? No tiene mucho sentido...

—A menos que tenga que hacer algo importante en Los Ángeles. Algo de lo que ella, su prima, no debe tener la menor idea. Algo quizá secreto, confidencial...

—Es toda una brillante idea —asentí, con un centelleo en los ojos de Leslie mientras me contemplaba. Luego, sugerí, siguiendo el hilo de aquellos pensamientos—: Y como una persona, en quince días, se aloja por fuerza en alguna parte, vamos a ver dónde pudo ser eso. Alguien debe recordarme si yo, realmente, soy Edward Foreman, ¿no es cierto?

—Evidentemente, sí —admitió Leslie, esperanzada—. Un hotel... Y ha de ser un hotel de cierta categoría. De mucha categoría, ateniéndonos al prestigio de un Foreman...

—Yo me voy a ocupar de eso ahora mismo —hablé, con energía—. Usted, Leslie, ocúpese de Hong Kong.

—¿De qué? —Pestañeó.

—Hong Kong. Tiene que haber algún dato allí, sobre Edward Foreman. Pídalos a quien sepa y pueda, pero a la mayor urgencia. Una descripción de Foreman, su fecha de partida, sus negocios, su fortuna y cosas así. No creo que necesite decirle más. Usted es el detective, no yo.

—Pues si saca su licencia, lo haría muy bien —suspiró ella—. Pero ¿para qué querría un Foreman ser detective privado? Sospecho que su fortuna debe ser considerable.

—Quizá lo sea. Nos encontraremos en algún sitio céntrico. El Stork Club, por ejemplo. A las doce. Espero que para entonces, algo se haya aclarado ya.

—¿Se atreve a caminar sólo por Los Ángeles, indocumentado,

sin saber quién es... y con un posible peligro de muerte acechándole en cualquier sitio? —Se inquietó ella.

—Sí —reí—. Me atrevo. Adelante, Sherlock Holmes. No pierda más tiempo. Y recuerde: a las doce, en el Stork.

Así nos separamos. Me lancé por Los Ángeles en busca de un hotel. Y de un hombre que podía ser yo. Que parecía ser yo...

No tardé demasiado tiempo en dar con la pista. Creo que tuve una gran fortuna en ello.

A las diez y cuarenta minutos, en el hotel Ambassador, se hallaba a Edward Foreman. O me hallaba a mí mismo, para ser más exacto...

—¡Señor Foreman! ¡Gracias a Dios que vuelve al hotel...!

Me quedé de una pieza. Giré la cabeza. Miré al conserje. Fingí la mayor naturalidad del mundo. Ni siquiera tuve tiempo de hacer preguntas, afortunadamente.

El conserje estaba junto a un joven empleado del hotel, que también sonreía. Ambos parecían reconocermme muy bien. Yo no recordé, en absoluto, sus caras. Era una sensación horrible. Nada. Ningún recuerdo. Ningún rayo de luz en mi mente oscura...

Había de tener mucho tacto en las respuestas. No sabía nada. Ni el número de mi habitación, si era huésped de aquel hotel. Ni el tiempo que estaba ausente. Nada de nada. Ni siquiera si la fabulosa cuenta estaría por pagar. Y mi dinero, tras el viaje en avión, los gastos y todo eso, estaba agotándose con celeridad pasmosa.

—Sí —dije—. Ya he vuelto.

—Estábamos asustados. Pensamos si le había sucedido algo. Usted nos dijo que posiblemente no vendría a dormir esa noche, pero tantos días ausente, con su habitación cerrada... Nos preocupó, la verdad. Pero usted ya nos advirtió de que nunca debíamos alarmarnos por sus cosas, que usted gusta de ser a veces un poco... excéntrico, ¿recuerda?

—¿Recordar? Oh, sí, claro, ¿cómo no voy a recordarlo? —Sonreí, sarcástico.

—Bien, señor Foreman. Aquí tiene su llave —me tendió una, con la placa numerada con las cifras uno, dos seis: 126. Era mi dormitorio. Todo iba saliendo bien. Luego, también puso en mis manos un voluminoso sobre lacrado—. Y esto lo trajo el señor Garfield, a la mañana siguiente de su ausencia. Lo dejó para usted

un emisario suyo.

—¿Garfield? —indagué, callando enseguida, para no delatarme.

—Sí, ya sabe. Hasper Garfield, el banquero... —sonrió el conserje.

Subí a la habitación. A la habitación de Edward Foreman. A «mí» habitación. Ya no parecían quedar muchas cosas. Yo era Foreman.

Abrí la 126, en el primer piso del Ambassador. Cerré tras de mí con rapidez. Miré en torno, pensativo. Un maletín de mano en un rincón, un sobretodo marrón colgado... Ningún sombrero.

Fui al maletín. Lo abrí. No tenía echada llave alguna. Era plano, ligero, de aluminio y cuero negro. Miré su interior. Camisas, pañuelos, mudas, un juego de tocador de caballero... Todo con sellos de establecimientos de Hong Kong.

Me dejé caer en la cama. Ni un documento. Ni un pasaporte. Nada. Solamente un billete de avión de una línea británica. Hong Kong-Manila-Wake-Honolulu-Los Ángeles. Miré la fecha. Veinte días atrás.

No había más. Ni parecía hacer ninguna falta. Contemplé el sobre cerrado, a nombre de Edward Foreman. Me decidí a rasgarlo.

Tuve un sobresalto.

Estaba lleno de billetes de Banco. Billetes de cien dólares todos. Al menos había doscientos billetes bien sujetos por las franjas del establecimiento bancario.

Veinte mil dólares en efectivo. Suficiente dinero para seguir adelante. Para llegar hasta donde fuese. Y estaba bien dispuesto a ello.

En ese momento llamaron a la puerta de la habitación 126.

CAPÍTULO VII

Me puse en pie. Miré a la hoja de madera, vacilante. Repitieron la llamada.

Avancé, decidido. Sería algún empleado del hotel. No podía ser otra persona, porque nadie sabía aún de mi reciente regreso.

Abrí la puerta, con resolución. Me encontré con un desconocido.

Desconocido, como todos los demás. Al menos, él lo era para mí. Pero lo era yo para él.

—Hola, Foreman —saludó fríamente—. Ya era hora, ¿no?

Me quedé mirándole fijamente. Y él a mí. Era alto, enjuto, de pelo oscuro, de ojos color café. Hostil, agresivo, casi insultante. Vestía un abrigo cheviot y un sombrero de mezclilla gris. Llevaba guantes de piel de cabritilla, ribeteados.

—Ya era hora, ¿de qué? —quise saber.

—Tú me entiendes —rió él entre dientes—. ¿Qué te pasa? ¿No me invitas a pasar?

—Claro —dije—. Entra.

Me hice a un lado, entre frío y cortés. No me mostré efusivo. Podía resultar sospechoso. Tampoco demasiado hosco. Mi posición exacta debía ser de simple expectativa. Y procuré no salirme de ella.

—Creí que ya no volvías —prosiguió él, caminando indolente—. Se paró, contemplando la maleta abierta. Me miró, al volverse despacio. Parecía furioso por algo. Esperaba saber por qué. —Estás rematadamente loco.

Eso dijo de súbito. Mi siquiera me permití el lujo de pestañear. Le estudiaba, tratando de ahondar en él, de saber lo que era, lo que buscaba, lo que se traía entre manos.

—Es posible —admití, glacial—. Todos estamos un poco locos.

—Si lo dices por el asunto que llevamos entre manos, tú lo estás más que nadie —refunfuñó, irritado—. No se pueden cometer errores en estas cosas, Foreman. Te creía mucho más listo.

—Nunca he sido tonto —repliqué—. Los tontos no salen adelante.

—Conforme. Pero pensé que eras más astuto, más precavido. Hoy tenías que haber salido para San Francisco, en el avión de la noche. ¿Qué ocurrirá, cuando vean que no viajas en él?

—Siempre hay un pretexto para todo. Basta con saber mentir —yo mismo estaba admirado de mi sangre fría para manejar aquella insólita situación ante un desconocido que parecía conocerme como a su propio hermano.

—Evidentemente, sabes mentir. Pero eso no basta. No cuando las cosas están difíciles.

—¿Lo están realmente?

—¿Y tú lo preguntas? —se exasperó él—. ¿Por qué estás, entonces, en California? Y yo, torpe de mí, metido en esto hasta el cuello... ¿Te das cuenta de lo que sucedería, si supieran cuál es tu juego? Tu primita de San Francisco no te iba a sacar las castañas del fuego. Y Lou de Fuccio, menos aún... —Deja ahora a Lou— me atreví a decir.

—¿Dejar a Lou? —Me miró, escandalizado—. Lo que dije: estás rematadamente loco. Si algo no se puede olvidar, es que De Fuccio existe. Y que te matará en cuanto le des un pretexto para ello.

—Matarme... —medité, en voz alta, sorprendido.

—Matarte, sí —se enfureció mi visitante—. ¿Qué esperas que haga contigo, después de lo ocurrido, maldito imbécil? Te crees un genio, y luego me resultas un palurdo. No sé cómo hacéis las cosas en Hong Kong, pero aquí la gente no se chupa el dedo. Y De Fuccio, menos que nadie.

—Muy bien. ¿Qué hacemos ahora, según tú?

—Parece mentira que lo preguntes —masculló él, irritado. Miró su reloj, con gesto tenso, preocupado. Luego, hizo algo raro: fue hacia el fondo, a las ventanas posteriores de mi apartamento en el Ambassador. Se asomó. Al regresar adentro, estaba lívido. Y soltó una imprecación soez.

—Te lo dije —jadeó—. Te lo avisé, maldita sea... Debiste escucharme. Serás muy listo, Edward Foreman, pero aún tienes que tomar lecciones de Frank Jaffe... La gente de De Fuccio está allí fuera, rodeando el hotel. Debieron seguirte, o vigilaron el hotel o... ¿yo qué diablos sé lo que pudo suceder? Pero sea lo que sea,

estamos atrapados. A menos que nos juguemos el todo por el todo, o convenzamos a De Fuccio.

Fui a la ventana. Asomé. Hubo un sordo taponazo allá abajo, en la sombra. Me retiré a tiempo. Unas astillas saltaron del quicio de la ventana, y algo metálico se hundió silenciosamente en el estucado, rasgando el papel pintado.

—¿Qué esperabas, que te recibieran con serpentinatas? —Se enfureció el hombre que parecía llamarse Frank Jaffe—. Son sus métodos, ya lo sabes...

—Sí, los conozco —mascullé, recordando a un falso enfermero en San Francisco, disparando también con silenciador contra mí. Y añadí—: Entonces, ellos nunca dejaron de seguirme...

—Claro que no. De Fuccio tiene gente por todas partes. Nunca se le va una presa, por escurridiza que sea...

—De modo que yo soy, al fin de cuenta... Edward Foreman en persona —musité.

Fue mi error. Jaffe me miró, con estupor.

—¿Qué mil diablos dices? ¿Pues quién ibas a ser, entonces? —rezongó—. ¿El Mago de Oz? Escucha, amigo. Estás muy raro. Si llevas algo entre manos, será mejor que...

No terminó de hablar. Disparé súbitamente mi puño contra él. Le tumbé en seco. Rodó a mis pies, en la moqueta, tras recibir el impacto en el mentón. Me incliné, registrándole.

Era Frank Jaffe, ciertamente. Profesión, según sus documentos, importador de productos alimenticios. Llevaba una carta mecanografiada, con una firma clara: «Edward Foreman».

Mi nombre. Y estaba expedida en Hong Kong, cosa de un mes atrás, por vía aérea. La guardé, junto con una automática «Beretta», calibre 32, que hallé en su bolsillo.

Salí decidido del cuarto, bajando rápido al vestíbulo. Pero antes de llegar a él, me desvié hacia las cocinas. Vi una puerta rotulada: «Material de servicio. No entrar». Entré.

Había uniformes de camareros, cocineros, gorros de cocina, bandejas, carritos de servicio, y cuanto se pudiera pedir, entre un bosque de manteles, servilletas y demás. Tomé una bandeja, un gorro de cocinero, una chaqueta blanca, y puse sobre ella, al salir, vasos y tazas, junto con algunas botellas de un cajón lleno. Puse, bajo la bandeja, entre mis dedos, la automática, con el índice en el

gatillo y el seguro quitado. Salí a la calle por la puerta de servicio del hotel.

Di unos pasos hacia una furgoneta del hotel, con paso tranquilo. No podía resultar. Hubiera sido demasiada fortuna.

Be repente, dos hombres aparecieron ante mí, despegándose de las sombras. Me cerraron el paso hacia la furgoneta.

—Quieto, Foreman —avisó uno—. No vas a ir más lejos ya. Tus trucos no te bastarán, cerdo bastardo. Tira esa bandeja con cuidado... y alza los brazos hasta rascar el cielo.

Le obedecí. Pero sólo en parte.

Tiré la bandeja, cuyo contenido se hizo añicos en tierra. Al mismo tiempo, alcé mis brazos. Pero una mano esgrimía la «Beretta». Disparé.

Los estampidos retumbaron en la calleja estruendosamente. Uno perdió su arma, provista de silenciador, y con ella parte de los dedos de su mano derecha, entre un reventón de sangre. El otro quiso sacar su mano del bolsillo, con algo que ya imaginaba yo lo que era, pero antes le había clavado una bala en el codo, y su mano pendió inútil.

Salté a la furgoneta, en cuyo tablier vi oscilar las llaves del encendido. El motor estaba en marcha. Un camarero, asustado por el doble estampido de mi automática, salía en aquel momento de un anexo al hotel, con unos bultos, y gritó al verme cerrar la portezuela de la furgoneta y poner ésta en marcha:

—¡Eh, quieto, espera! ¿Adónde, diablos piensas que vas...?

No lo pensaba. Es que iba ya. Adonde fuese. El coche estaba en marcha, pisé el acelerador rabiosamente, y casi arrollé a oíros tres hombres armados que salieron de la oscuridad, pretendiendo frenar mi escapatoria. Sus balas silenciosas, disparadas con premura y escaso tino, se perdieron sobre la furgoneta, o agujerearon estérilmente su carrocería.

Me alejé del hotel vertiginosamente, dispuesto a todo con tal de evadirme de aquel punto de peligro.

Volví a tener fortuna. Un semáforo me dejó paso justo en el momento de cambiar sus luces. Luego, la masa de tráfico de Wilshire, bloqueó todo durante unos instantes preciosos. Cuando alguien cruzase aquel semáforo.

Yo estaría ya lo suficientemente lejos como para haber dejado la

furgoneta, haber cambiado a un taxi, y haberme dirigido rápidamente al Stork Club.

Pasaban diez minutos de las doce de la noche, cuando llegaba al famoso club nocturno. Un botones pasó, avisando al «señor Foreman». Con cautela, le seguí, parándole en un lugar prudente y aislado. El me tendió un papel escrito. Yo, a cambio, le di cinco dólares.

Era un mensaje escrito apresuradamente por Leslie F. Saint John, mi detective privado con faldas.

«Me ocurre algo grave. He descubierto un complot monstruoso. No puedo decirle nada aquí. Ni puedo esperarle. No deje de acudir al gimnasio de Nicky Staccatto, en South Bulevar. Tengo algo urgente que hacer allí. Hay un hombre que es la clave de todo. Se trata de Larry Bilko, un asesino». Por vez primera me estremecí. Por vez primera recordé.

Larry Bilko... Bilko... Yo conocía ese nombre. Yo conocía a esa persona, fuese quien fuese. Pero ¿de qué? ¿Por qué? ¿Dónde?

Lo importante es que, por vez primera, un rayo de luz hirió las tinieblas de mi cerebro. Y recordé algo. Un nombre. El de un asesino...

¿Era el principio del regreso a la luz, a la memoria? ¿Lo era?

No estaba seguro. Pero todavía bajo esa extraña impresión, corrí a South Bulevar, al gimnasio de Nicky Staccatto. En busca de mi detective privado, Leslie F. Saint John.

Lo peor es que llegué tarde.

Para entonces, Leslie, la rubia detective particular de las formas exuberantes, estaba ya muerta. Asesinada.

CAPÍTULO VIII

Asesinada.

Costaba trabajo imaginarse a Leslie F. Saint John sin vida, sobre su propia sangre.

Era una mujer que inspiraba confianza, seguridad. Se suponía que sabía defenderse por sí sola de cualquier eventualidad, por seria que fuese.

Sin embargo, esta vez no se supo defender. Esta vez, alguien fue más diestro, más fuerte que ella. Y la aniquiló.

Contemplé su cuerpo, en aquel amplio recinto del gimnasio de Nicky Staccatto, en South Bulevar, entre potros, barras fijas, anillas y útiles para ejercicios físicos. La luz vertical de una lámpara, hizo más horrible y sombrío el espectáculo.

Las bonitas piernas de Leslie aparecían visibles, con la falda arrugada sobre sus muslos. Las manos crispadas, el cuerpo doblado, los ojos desorbitados, la cabellera rubia salpicada de sangre...

El corte había sido rápido y profundo, capaz de degollar a un carnero. Debieron sujetarla por la espalda, e hincaron el arma con celeridad y precisión. No se podía decir que hubiera sido un crimen accidental. El asesino intentó matar. Y mató.

Yacía el cuerpo a mis pies. No sabía yo qué hacer, sacudido aún por el mazazo que suponía semejante hallazgo.

Luego, miré en torno, ni siquiera con alguna idea concreta en mi aturdida mente. Como buscando algo, que ni siquiera sabía lo que era. Encontré el bolso abierto de Leslie, sus objetos diseminados por el suelo de terso linóleo: un llavero, una barra de *rouge* labial, una cajita de polvos compactos, su licencia profesional, una pequeña pistola automática, como de juguete, calibre 28...

Lo contempló todo como en sueños. Y como en sueños había sucedido y estaba sucediendo todo desde que llegara a aquel solitario y silencioso gimnasio de South Avenue y me viera ante sus

puertas principales, cerradas herméticamente, bajo la única luz de su letrero frontal. Resultaba lógico a tales horas de la noche, pero como ella me había citado allí, traté de hallar un timbre, algo con que llamar.

No lo había. Recorrí la acera, rodeé el edificio, y en un pasaje contiguo, encontré lo que buscaba.

Una pequeña puerta, un rótulo en ella:

GIMNASIO. PUERTA DE SERVICIO.

La puerta estaba abierta. Bastó empujarla, y cedió con un leve chirrido. Yo me había aventurado dentro, pistola en mano por si acaso. Así recorrí una escalera ascendente, un corredor, una sala para boxeo, con su lona rodeada de cuerdas y una hilera circular de asientos, otro recinto para practicar deportes... y la sala de gimnasia.

Así de sencillo fue. Había luz en el techo, cayendo cruda, lechosa, sobre el cuerpo ensangrentado. Y ella estaba allí. Asesinada por alguien.

No toqué ninguno de sus objetos. Pero de la cajita de compacto, salía algo, una esquinita blanca, apenas perceptible. Abría la caja. Era una tarjetita impresa, de visita. Leí el nombre en ella:

LARRY BILKO

San Diego

Solamente eso. Larry Bilko... San Diego...

Otra vez le ocurría algo a mi mente. Bilko... San Diego... San Diego...

Sí. Había algo familiar en todo eso. No sabía el qué. Pero yo sabía que conocía ambas cosas. Esa ciudad, esa persona... La impresión pasó fugaz, como la primera vez. Y todo volvió a quedarse oscuro en mi mente.

Guardé la tarjeta en el bolsillo. Aquel hombre, según me dijera Leslie en su nota, era un asesino. Quizá uno de los hombres de Lou de Fuccio, el peligroso individuo mezclado en los negocios de Edward Foreman, de mis negocios, en realidad. Sólo que yo ignoraba cuáles eran esos negocios, y qué significaba De Fuccio en mi vida.

Claro que tampoco sabía el papel de Frank Jaffe, el hombre del hotel Ambassador. Ni tantas otras cosas...

Era preferible no darle vueltas a esas cosas. No ganaba nada, salvo sentirme más y más confuso.

Si todas se aclaraban por sí mismas, bien estaría. Si no...

Miré una vez más a la infortunada Leslie, mi buena amiga. No tuvo suerte al aceptar mi encargo. Fue su último caso...

—Lo siento —dije—. Pero no pararé hasta enviar a quien te hizo esto a la cámara de gas si es que antes no le liquido yo con mis propias manos, muchacha...

Cerré sus párpados sobre los ojos vidriados. Pensé en el misterioso Larry Bilko, el asesino. Si ella había encontrado una pista que conducía hasta él, él encontró un medio de deshacerse de alguien molesto.

De repente, la sala se inundó de luz.

—¿Qué mil diablos significa...? ¿Qué le hizo a esa chica en mi gimnasio?

Miré, agazapado aún ante el cadáver de Leslie. Vi a un hombre, alto, enjuto, moreno y de tez cetrina, de interminable nariz y pelo largo, muy negro. Iba en camiseta, descalzo, con señal de sueño en sus ojos. Y con un revólver en su mano.

—No lo hice yo —repliqué—. La encontré así. ¿Es usted Staccatto?

—Maldita sea, claro que sí. Y no se mueva. Avisaré a la policía inmediatamente.

Claro que me moví. Si la policía de Los Ángeles me echaba el guante, sería peor aún que el Centro Médico de San Francisco. Es más difícil escapar de una celda que de un hospital. De modo que me incorporé, y eché a correr en zigzag, hacia el lado opuesto a aquél en que se hallaba Staccatto. Confié en que él no fuera demasiado buen tirador, o en que la sorpresa y el sueño interrumpido dificultaran su puntería.

Corrí como un gamo, y el revólver retumbó a mis espaldas estruendosamente, dispersándose, sus ecos por el vacío local de alto techo. La bala ni siquiera me rozó, pero no podía tentarse a la suerte, dejando que disparase a placer una segunda y tercera vez.

De modo que me volví, sin dejar de correr hacia la salida posterior que me sirviera para entrar allí poco antes, y disparé

contra él mi propia pistola, procurando no alcanzarle.

La bala maulló, alcanzando una barra de gimnasia, y Staccatto, con muy buen criterio, se tiró tras de un potro y unos sacos de entrenamiento pugilístico, haciendo fuego desde allí, muy dificultada ya su tarea por los obstáculos que le protegían.

Alcancé la sala contigua, la crucé veloz, salté al recinto con *ring* y sillas, derribé algunas de éstas, y seguí mi carrera, llegando al corredor. Las escaleras las devoré a saltos vertiginosos, mientras a mi espalda, los chillidos de Staccatto, pidiendo ayuda, retumbaban en todo el gimnasio.

Un momento después, estaba en el pasaje. Corrí sin detenerme, en la húmeda noche, y cuando alcancé de nuevo South Bulevar, recorrí dos manzanas, antes de ver un taxi que pasaba. Subí a él de un salto, y le indiqué que me llevase a Wilshire.

El taxista contempló con aire de sospecha mis cabellos despeinados y mi rostro sudoroso. Le dije, con voz entrecortada:

—Será mejor que vaya deprisa, amigo. Mi esposa está en una clínica. Va a tener un niño en menos de media hora...

Eso disipó sus sospechas. Corrió con ganas, y se detuvo cerca de una clínica particular de Wilshire, preguntándome si era allí. Me apresuré a decirle que sí, pagué la carrera dándole una generosa propina, y el hombre se quedó tan satisfecho, deseándonos todo lo mejor a mí, a la esposa y al bebé. Le di las gracias, avancé hasta la clínica... y la rodeé, perdiéndome por una calle posterior, entre arboledas.

Otro taxi me condujo rápidamente a San Diego, por la carretera de la cosía. Estaba amaneciendo cuando entrábamos en la populosa población fronteriza, al sur de California.

Despedí al taxi cerca de un pequeño hotel, pero entré antes en un bar restaurante, para tomar un refrigerio. Ríe estaba haciendo falta. Eran demasiados incidentes para una sola noche.

Allí pedí una guía telefónica de la ciudad. Busqué en la letra B. Había pocos Bilko. No era un apellido muy corriente. Lo examiné con rapidez. Solamente cuatro. Uno, era el nombre compuesto de una empresa de productos químicos. Otro, un abogado, en la carretera de National City. Un tercero, figuraba como una empresa de bienes raíces. Y un cuarto Bilko, llevaba la inicial L. Larry Bilko. Debía de ser él.

Tenía una dirección que bailoteó en mi mente, con extraña familiaridad: Coronado View número 1347. No tenía más detalles. Ni profesión, ni indicación de que fuese un domicilio privado o una oficina.

Me erguí, pensativo. Cerré la guía, tras anotar aquello, en la pequeña tarjeta de visita. Apreté los labios, contemplando en silencio la calle todavía desierta de San Diego. Pasó un autobús con personal para una de las empresas de construcción de aviones, y eso fue todo.

Bilko. San Diego. Coronado View. ¿De qué sabía yo eso? ¿Tuvo relaciones Edward Foreman, antes de perder la memoria, con el asesino de San Diego?

Era posible que sí. Eso explicaría la familiaridad de los nombres. Quizá viendo el lugar...

Encontré un taxi al que indiqué que me condujera a Coronado View. Lo hizo sin muchas prisas, entre bostezos. Me contó que era su último servicio de la madrugada, y que se caía de sueño. No me sorprendió nada.

Yo, en cambio, tampoco había dormido. Pero la tensión me mantenía alerta, despejado. No hubiera podido cerrar los ojos ni en el más blando lecho del mundo.

Alcancé Coronado View. Era un lugar desolado. Una amplia vía, sobre una loma asomada a la ruta que conducía al litoral. Había cottages y residencias aisladas. Y una hilera de *bungalows* con amplia acera y rectángulo de césped. Allí estaba el 1347.

Miré el panorama, a la luz azul pálida de la mañana nubosa y húmeda. El aire olía a mar, y no se veía un alma viviente en derredor. Tampoco me preocupaba eso. Tenía más motivos para eludir a la gente que para buscar su compañía.

Me quedé parado delante del 1347. Estuve seguro de que aquella casa me era conocida. No era la primera vez que la veía. Avancé como en un sueño. Como esas veces en que las cosas y los lugares se repiten, y uno sabe que hizo antes eso mismo, en ese mismo lugar.

Pasé el sendero de cemento, entre césped. Vi el nombre en el buzón: LAWRENCE BILKO.

Seguí adelante. Alcancé la puerta, en un pequeño porche. Miré los números de metal dorado, sobre la madera tersa, color nogal.

Todo. Todo me era familiar allí.

Pulsé el timbre, decidido. Esperé, con la mano en el bolsillo, sujetando la pistola automática con fuerza. Dispuesto a todo. A matar... o a morir. Después de todo, yo había sido muerto ya anteriormente, una noche en que un automóvil borró de mi mente todos los recuerdos, y me convirtió en un guiñapo humano sin nombre, pasado ni presente. Y quizá ni tan siquiera porvenir...

Volví a llamar, impaciente. Dos veces más. El resultado fue el mismo. Nadie salió a abrir. La casa parecía desierta.

Retrocedí. Miré las ventanas. Cerradas todas. Herméticamente. Ni una señal de vida. Pensé que si Larry Bilko estuvo en Los Ángeles, matando a Leslie, no tuvo tiempo material de llegar a San Diego antes que yo. Quizá eso explicaba todo.

Regresé a la amplia acera. Descendí por Coronado View. Descubrí dos paradas de autobuses, en direcciones opuestas, pero no me detuve a esperarlos. Quizá el fresco de la mañana me hiciera bien. Mi mente empezaba a estar demasiado aturdida, demasiado confusa.

Dos paradas más allá, esperé. Pasó un autobús. Lo tomé, emprendiendo el regreso al centro de la ciudad. Ya en ella, tomé abundantes monedas en un local, me encerré en la cabina, y pedí comunicación a larga distancia. Solicité un número de San Francisco. Depositó previamente las monedas. Luego, se estableció la comunicación. Oí sonar, muy lejano, el timbre telefónico. Al fin lo descolgaron. Una voz seca demandó:

—Residencia Foreman. ¿Quién llama?

—John Smith, un amigo de Samantha Foreman. Quiero hablar con ella. Es urgente.

—Es muy pronto, señor. La señorita Foreman descansa y...

—Que deje de descansar. Dígale lo que le he dicho. Ella me atenderá. Si no lo hace, esté seguro de que será duramente censurado.

—Espere un momento —dudó la voz—. Pero estoy seguro de que no va a atenderle.

Era un desastre pronosticando. Ella me atendió. Y pronto. Su voz sonó apagada, somnolienta.

—¿Qué hay, Smith? ¿Desde dónde me llama usted?

—Desde San Diego —expliqué.

—¡San Diego! Eso está lejos de aquí. ¿Qué sucede? Supe lo del hospital y...

—Se lo contaré en otra ocasión. Resultaría demasiado largo por teléfono. ¿Qué tal está su primo?

—¿Mi primo?

—Sí. Edward Foreman —sonreí, sarcástico.

—Oh, él... él no llegó en ese vuelo. Parece que no tomó por fin el avión. No iba a bordo. ¿Por qué me lo preguntó?

—Por nada. Me dijo que no le conoce personalmente. ¿Eso es cierto?

—Sí, muy cierto. Se fue pronto a Hong Kong con sus padres. Luego vinieron algunas veces a los Estados Unidos, pero nunca coincidimos, y a mí me sorprendían en Europa, y cosas así. Desde niño no lo he visto. Pero ¿por qué me pregunta eso?

—También sería largo de contar. Samantha, ¿a qué se dedica su primo Edward? ¿Es millonario?

—Bueno, puede decirse que es bastante rico. Además, tiene negocios de exportación de alimentos envasados al continente americano, desde sus factorías de Hong Kong. Cielos, me tiene preocupada. ¿A qué viene interesarse tanto por primo Ed? Usted no puede conocerlo...

—Se asombraría de lo bien que puedo conocerlo en realidad —reí entre dientes—. ¿Qué hubiera sucedido, si usted muere con aquel coche de frenos rotos?

—Pues eso: que hubiera muerto —suspiró ella—. ¿Qué más podía suceder?

—Me refiero a la fortuna de los Foreman. ¿Adónde iba a parar en ese caso?

—Al único pariente vivo.

—¿Edward? —Me estremecí.

—Sí, Edward. Pero ¿qué es lo que está pensando?

—No sé... Pero lo que pienso no me gusta. Samantha, ¿le dice algo el nombre de Larry Bilko?

—¿Bilko? No, nada. ¿Quién es?

—Posiblemente un asesino. O quizá también lo sea su primo Edward.

—¡Smith! ¿Qué está diciendo?

—De momento, son simples especulaciones. Estoy metido en

algo, y no sé lo que es. Pero llegaré al fondo de la cuestión como sea. Porque de ello depende, en gran parte, mi propia vida. Y yo mismo. Hay cosas que no me gustaría descubrir, si son como imagino. Pero no hay otro remedio. Ya he ido demasiado lejos en el asunto. No es momento de retroceder ante nada. Vale más estar seguro de algo, por desagradable que sea, a ignorarlo todo y moverse entre sombras, amiga mía. —Habla usted muy misteriosamente... Smith, me gustaría verle...— También a mí. Pero estamos bastante alejados.

—¿Va a quedarse en San Diego?

—Por el momento, sí. Pero si no encuentro a cierta persona antes del mediodía, es posible que regrese a San Francisco. Los Ángeles no me va bien para la salud.

—¿Dónde podemos reunimos?

—Yo la telefonearé oportunamente. Hasta pronto, Samantha.

—Hasta pronto, Smith. Y cuídese mucho. No sé en qué anda metido, pero creo que debe cuidarse.

—Estoy seguro de ello. Hubo alguien que no se cuidó: una joven cuyo oficio era detective privado. La contraté para ayudarme en este rompecabezas. La última vez que la vi, fue en Los Ángeles. Estaba muerta. Alguien la había degollado. Horrible, ¿no?

Y colgué, sin esperar a que saliera del mutismo provocado por aquella noticia. Salí de la cabina resueltamente. Miré a ambos lados del local, pensativo. Luego, me moví hacia una mesa, para sentarme.

Entró alguien en el local. Era un policía de uniforme, con el distintivo de San Diego en su pecho. Se quedó mirándome, con fijeza. Luego, con rapidez, llevó su mano a la pistola.

—Está usted arrestado por... —comenzó diciendo.

Lo había sentido. Además de eso, alguien, junto a la puerta, había comenzado a levantarse, como si también intuyera algo.

No podía vacilar. Aquél policía provinciano no iba a cortar estúpidamente mi libertad en este momento. Me lancé sobre él como un proyectil.

Le alcancé en pleno mentón, derribándole. Luego, vi que yacía en completa inmovilidad, la expresión aturdida. Me miré el puño. Había sido contundente.

Extraje mi pistola y miré en torno. Los escasos clientes y el

barman, revelaron su asombro. Corrí a la salida, cubriéndome con el arma. Un hombre dejaba en ese momento su coche deportivo ante el local, e iba a quitar las llaves del encendido.

No vacilé. Me precipité sobre él, y le pegué un seco culatazo tras la oreja. Lo derribé en la acera, pesadamente. Algunos transeúntes matinales, asustados, retrocedieron, temiendo que empezase a disparar sobre ellos.

Penetré en el coche deportivo de un salto, cerré la portezuela, y puse en marcha su motor. Partí como una exhalación, cuando ya los del bar salían a la calle, provocando la alarma.

Antes de perder la memoria, debían de gustarme los automóviles deportivos. Y la velocidad. Corría endiabladamente, ruta adelante. Salí de San Diego a velocidad vertiginosa, y me lancé hacia la carretera de la costa, sin reducir en nada la velocidad. Miré atrás. Por el momento, nadie me perseguía aún, pero era obvio imaginar que en poco tiempo, estarían movilizadas las patrullas de tráfico en carretera, alertadas por radio, con la descripción y matrícula del coche robado, más las señas del fugitivo.

Apreté el mentón con fuerzas, los ojos delante mío, en la cinta de asfalto de la ruta. Me preguntaba cuándo iba a terminar aquella endiablada danza de un lado para otro, siempre perseguido por alguien: médicos, policías pistoleros, asesinos...

Cada vez veía con menos claridad en todo aquello. De alguna forma, Edward Foreman era conocido en San Diego. Y no de un modo muy grato. Iban a arrestarme en aquel bar, sin lugar a dudas. A menos que la policía de San Francisco hubiera enviado mi fotografía a San Diego, cosa que dudaba mucho. Además no me hubiera pretendido amenazar con una pistola, sólo por evadirme de un hospital donde convalecía.

No. Los delitos anteriores de Edward Foreman, conocidos en San Diego, debían de ser mucho más graves que todo eso.

—Maldita sea... —mascullé—. ¿Y uno puede cambiar su personalidad cuando pierde la memoria? En ese caso, sería preferible quedarme en mi vida actual, como un simple John Smith. Pero alguna vez, el pasado vuelve, la niebla se descorre... y surge lo escondido. No, no. Es mejor saberlo todo, afrontar las responsabilidades propias...

Dejé el automóvil deportivo entre unas zanjias y arbustos, al

borde de la ruta costera californiana. Ir con él más tiempo, era ir a lanzarse dócilmente en brazos de las patrullas de caminos.

Me desvié de aquella carretera, buscando el cruce con la que conducía al aeropuerto de San Diego, situado algo más atrás de donde abandoné el vehículo. Pasó un autobús y lo tomé, bajando en el aeropuerto.

Pedí un pasaje para San Francisco. Un avión de una línea comercial interior, me llevó a las diez y media de la mañana, rumbo a San Francisco. Aún no había vuelto a ver a un policía pegado a mis talones. Estarían buscándome por las carreteras. El nombre que di en el aeropuerto para mi billete, fue el de John Smith. Esperaba no encontrarme en San Francisco con unos agentes montando guardias en el aeropuerto...

Tuve suerte. Ni un solo policía esperaba a John Smith o a Edward Foreman. Ya era algo.

Tampoco vi a nadie que pudiera responder al aspecto habitual en los «gorilas» de Lou De Fuccio.

Un taxi me dejó en el centro de la ciudad. Me encaminé a la oficina de Leslie F. Saint John.

Era una oficina pulcra y pequeña, en un apartamento de la primera planta de un nuevo edificio. Al mismo tiempo, vivienda de la infortunada joven, como ella dijera. Subí. Un muchacho delgado, pelirrojo, escribía a máquina. Me dijo que la señorita Saint John estaba ausente. Pero admitió que podía esperarla. Y lo hice.

Yo sabía que ella nunca vendría. Lo que quería era tener una oportunidad de husmear en sus cosas, de saber algo de lo que ella investigaba para mí...

Tuve esa oportunidad cuando el jovenzuelo se excusó, para ir a tomar algo abajo, al bar, dejándome solo en la pequeña oficina de Leslie.

Me incorporé de un salto. Tenía cartas y telegramas sobre una mesa, en una bandeja de madera lacada, donde se leía: Correo del día. Señorita Saint John.

Tomé los telegramas y un cablegrama. Los abrí apresuradamente. El cable era de Hong Kong. El texto me interesó:

«Ampliamos informes solicitados por usted desde Los Ángeles y los remitimos a su oficina como solicitó. Edward Foreman dirige negocios de exportación de

alimentos envasados. Viaja con mucha frecuencia a los Estados Unidos. Tiene unos treinta años. Estatura, seis pies. Delgado, cabello castaño. Rumores negocios en mal momento. Actualmente ausente Hong Kong. Tiene amistad traficantes contrabando internacional. Nada probado por ahora. Saludos: Agencia Informativa Acmé».

Los telegramas eran de San Diego y de Los Ángeles. También los leí, fascinado:

«Larry Bilko acusado homicidio hace quince días. Desaparecido. Detective privado de profesión. No demasiado honesto de antecedentes, pero tampoco de lo peor. Saludos: Oficina de Policía de San Diego».

El último era de Los Ángeles. También lo leí:

«Informe solicitado telefónicamente Leslie Saint John, detective privado, San Francisco. Confirmamos telegráficamente conforme convenio. Edward Foreman hombre negocios Hong Kong frecuentes transacciones Empresas Importadora Ajax, Los Ángeles. Su gerente ejecutivo, Frank Jaffe. Asociado con el banquero Hasper Garfield. Malos antecedentes aunque viven dentro de la ley actualmente. Saludos: Agencia Informes Confidenciales Star, Los Ángeles».

Eso era todo. Lo dejé cómo estaba, sobre la bandeja, procurando no se viese que habían sido abiertos. Salí de la oficina. Ya no tenía nada que hacer allí. Ahora sabía algunas cosas más, aunque no la que llevó a Leslie hasta la muerte...

Frank Jaffe, Garfield y Edward Foreman. Negocios sucios. Dinero en un sobre lacrado. Dinero turbio. Alimentos envasados. Posiblemente contrabando. Drogas, piedras preciosas o algo así. Si las cosas iban mal, eso siempre era negocio. Pero tenía sus riesgos.

Un detective desaprensivo de San Diego, Larry Bilko. Acusado de homicidio. Olvidaban decir qué clase de homicidio, pero era igual. El tipo sería capaz de todo, sin duda alguna. Sobre todo, si Foreman

pagaba bien. Y lo maldito del caso es que... Foreman era yo.

No resulta agradable ser un granuja, un rufián, y al mismo tiempo arrepentirse de ello. Una doble personalidad no se la aconsejaría ni a mi peor enemigo.

Salí de la oficina de la pobre Leslie. El lugar adonde ella jamás volvería. Me crucé con el pelirrojo en el vestíbulo. Le dije que me había cansado de esperar y volvería más tarde. El muchacho no pareció recelar nada. Parecía tonto, y lo era.

Ahora, la carta comercial, aparentemente inocua, que hallé en los bolsillos de Jaffe, en el hotel de Los Ángeles, se podía interpretar como un simple mensaje en clave. Hablaba de alimentos enlatados, de remesas, de variedad en los surtidos. Pensé en lo perfecto del juego. ¿Dónde puede viajar mejor una droga o un puñado de diamantes, por ejemplo, que dentro de una bolsa impermeable, mezclada en el interior de una lata de sopa de aletas de tiburón o de exquisito chow mein envasado, procedente de Hong Kong?

No era ninguna tontería. Y estaba seguro de hallarme en la pista cierta, pero conduciría todo eso a un coche con los frenos rotos, una muchacha rubia degollada, y la memoria borrada de un hombre que podía ser asesinado, traficante en drogas y un montón de cosas más, a menos que Edward Foreman, o sea, yo, fuese inocente de todo, y estuviera pagando ajenas culpas. Me resistía a imaginarme un criminal, un delincuente. Pero...

—Hola, John Smith.

Me quedé helado. Mis pensamientos se rompieron como un vidrio, haciéndose añicos. Sentí un sudor frío. Me volví lentamente, en la acera de la casa, hacia donde sonara la voz de mujer, suave y fría a la vez, citando mi falso nombre.

La miré frente a frente. Respiré hondo.

—Hola, enfermera Evans —dije con voz ronca.

CAPÍTULO XI

El silencio puede ser a veces mucho más molesto que las acusaciones o las más duras frases de reproche.

Eso me estaba sucediendo ahora a mí. Incluso no me atrevía a mirar cara a cara a mi interlocutora, sentados ambos en aquel local de las vecindades de la oficina de Leslie Saint John, aunque resguardados del ventanal asomado a la calle, por una ancha columna muy estratégica. —Parece muy preocupado— dijo ella de repente, rompiendo el molesto silencio.

—Lo estoy —suspiré—. Y mucho.

—¿Qué es lo que ha ocurrido exactamente?

—Eso quisiera yo saber. Demasiadas cosas. Y todas pésimas, enfermera Evans.

—Deje de llamarme ahora así. Mi nombre es June. June Evans.

—June... —La miré—. Me gusta. Mucho más que eso de «enfermera»...

—Gracias. Ya veo que no le gustan demasiado los hospitales. Ni los que trabajamos en ellos. Se dio maña en escapar de allí, ¿eh?

—Tal vez fuera mejor no haberlo hecho. Uno, a veces, busca la verdad. Y no resulta tan agradable como imaginaba hallarse frente a ella.

—¿Sabe ya quién es usted?

—Sí —dije roncamente—. Lo sé. Y no es como para celebrarlo.

—¿Tan malo es?

—Mucho —la miré, penetrante—. Pero usted hay algo que no me contó.

—¿Qué?

—¿Cómo me localizó aquí, justamente ahora?

—No fue difícil. Conocí a su mujer-detective, recuerde. También el teniente Harlan, su amigo de Homicidios...

—No es mi amigo —gruñí malhumorado.

—Estaba en el hospital cuando he salido esta mañana. Acababa de recibir por teléfono una llamada de Los Ángeles, comunicándole que Leslie Saint John, detective privado con licencia expedida en esta ciudad, había sido hallado muerta, asesinada.

—Vaya... —suspiré, mirando inquieto en torno—. Entonces no tardará en estar esto como un avispero...

—Usted no se sorprende. Lo sabía ya, ¿verdad? —Casi me acusó ella.

—Sí, lo sabía. Hallé el cadáver.

—¿En Los Ángeles?

—Estuve allí anoche. Y también en San Diego...

—Ha viajado mucho, en tan poco tiempo. ¿De dónde sacó el dinero?

—Me lo trajeron a las manos, como si viniese Papá Noel. Ya sé que no se lo creará, pero así fue, enferm... June.

—John, ¿qué le ocurre? —indagó ella de repente, humanizándose de nuevo, como en el hospital. Se inclinó hacia mí. No había probado su café. Yo tampoco el mío—. ¿Por qué no se sincera conmigo?

—Sí, creo que eso es lo que voy a hacer —resoplé. Miré en torno. Oí aullido de sirenas policiales. Un coche— patrulla se detuvo bruscamente frente al bar, en el edificio donde viviera Leslie. Me incorporé, y June Evans conmigo. Dejé dinero en la mesa.

—Vamos —susurré—. Esto empieza a quemar...

Ella entendió. Salimos. Un taxi nos alejó de allí, hacia Market Street. Conocía ella un lugar recogido, en el Embarcadero, dedicado a degustar mariscos. Fuimos allá.

Y me sinceré con ella. Plenamente. Creo que me hacía más falta que nada en el mundo tener a alguien a quien confesarlo todo.

Otro silencio.

Pero éste más agradable, más relajador. Casi como un sedante.

Ella seguía contemplándome, entre perpleja y angustiada. Ahora sí apuró su café, de un solo trago. Yo esperé, jugueteando con la cucharilla en el mantel. Frente a nosotros, los *ferrys* a Oakland eran visibles, cruzando la bahía. Por el puente de la bahía, desfilaban ininterrumpidamente coches en ambas direcciones.

—¿Qué sigue ahora, John? —indagó ella—. Prefiero que siga sisado John para mí... —No sé lo que seguirá. Supongo que algo peor.

—Jaffe le identificó, y él no iba a engañarse con usted. El policía de San Diego se dispuso a arrestarle. Los pistoleros de De Fuccio le persiguen... Todo coincide, —¿no? Usted es Edward Foreman, no hay lugar a dudas.

—No. No hay lugar a dudas.

—Pero ¿qué encontró ella, Leslie Saint John, que le costó la vida?

—Si lo supiera... —refunfuñé. Moví la cabeza—. Habló de un complot, mencionó a Bilko, el tipo de San Diego. Y eso fue todo.

—A Leslie no la encontraron muerta en ningún gimnasio, John —me informó June Evans de repente.

—¿No? —Pagué un respingo. Miré a la muchacha con sorpresa—. Debieron sacarla de allí. ¿Dónde fue?

—El teniente Harlan me dijo que... que en el interior de un cementerio de coches... al final de South Avenue, en Los Ángeles.

—Ese Staccatto... —reflexioné en voz alta—. Debí suponerlo. Es italoamericano. Como De Fuccio. Ella fue allá en busca de algo. Fuesen ellos o no los que la eliminaron, no han querido verse comprometidos.

—Italoamericanos... ¿Puede ser... la Mafia? —aventuró June, preocupada.

—Puede serlo, sí —afirmé—. Quizá he mantenido relación con esa gente antes de... de perder la memoria. Son peligrosos. No se les puede hacer una jugarreta, y acaso lo intenté, estúpido de mí...

—No hable como si fuese usted el responsable, John, Ahora es otro hombre. Le horroriza pensar en todo eso...

—Sí, me horroriza. Pero lo he hecho. Ante la ley, mi amnesia, mi nueva personalidad, no van a servir de mucho. Y tampoco me redimen del mal cometido.

—Quizá Edward Foreman sea inocente de todo, y los otros sean los culpables —sonrió June, alentadora—. Yo no puedo ver en usted a un culpable, sino a una víctima...

—Ojalá sea así —la contemplé, con gratitud—. Pero esto forma parte de su tarea. Dulce trato, dar confianza al paciente, inyectarle moral y ánimos... Buena enfermera, June. Lo fue siempre, amiga

mía...

—Esto es diferente. No se trata de curar a un enfermo, sino de saber dónde se esconde la verdad, y cómo es ésta exactamente.

—Por lo que llevo visto, no resulta muy agradable seguir adelante, ¿no cree?

—Pero hay que hacerlo, pese a todo. Ahora más que nunca.

—Oh, claro. Resulta fácil decirlo. Dígame adónde me dirijo ahora. Me persiguen en San Francisco, en Los Ángeles, en San Diego... Tengo tras de mí a policías, médicos y pistoleros. Posiblemente incluso a la Mafia. Imagino que también ahora a Jaffe, al banquero Garfield... y porque no queda nadie más, que yo sepa.

—Lo fundamental, es ocultarse de todos ellos, donde nadie pueda hallarle mientras usted investiga.

—Ese sitio no existe.

—Claro que existe. Ya nadie puede relacionarle con el hospital. Terminó esa etapa. Yo tengo mañana mi día de fiesta, y hoy he acabado mi turno. Eso nos ayuda. Si es preciso, pediré mi baja por unos días, alegando cualquier pretexto.

—¿Adónde va a parar?

—A esto: mi apartamento es pequeño, pero tiene dos habitaciones. Una, nunca se usa. Puede ocuparla.

—¿Yo?

—Naturalmente. ¿Quién imaginará que usted está con la enfermera Evans? Nuestra relación aparente, terminó en el hospital, cuando usted se fugó. Nadie tiene que saber que le ayudo.

—Si soy culpable de todo lo que imagino, usted sería acusada de encubridora. No puedo arriesgarla.

—Tengo una buena excusa —sonrió ella, animosa—. Soy su enfermera, y usted padece amnesia como está clínicamente comprobado. Espero que servirá, llegado el caso.

—Es usted el optimismo personificado —suspiré—. ¿Y qué más? Metido en su apartamento, poco puedo investigar o moverme.

—Yo puedo servirle de enlace, de ayuda. Nadie va a seguirme a mí, ni a vigilar mis pasos, siempre que obre con cautela. Y le aseguro que no soy ninguna estúpida, John.

—La creo. Bien, amiga mía. Me veo obligado a aceptar su oferta. No tengo muchos sitios adonde ir. Puedo pagarle bien todo esto en

los momentos actuales, pero imagino que se va a ofender, si le hablo de dinero...

—Justamente —afirmó, arrugando deliciosamente el ceño.

—Lo imaginaba —musité, golpeando en mi bolsillo el bulto de los billetes—. Casi veinte mil dólares en efectivo, June. Eso es lo que me dejó en un hotel de Los Ángeles el banquero Hasper Garfield, asociado a la Importadora Ajax, de productos alimenticios envasados.

—Dios mío, es mucho dinero.

—Y quizá sea solamente una cantidad a cuenta, un porcentaje o un anticipo —medité, ceñudo—. Sí, June. Hay dinero en este asunto. Mucho dinero. Siempre ocurre así cuando hay asesinatos, violencia, sangre...

—Si al menos sirve ese dinero para algo bueno, como demostrar su inocencia en todo, John... —Lo dudo mucho. Me resulta difícil imaginar a un Edward Foreman inocente.

—Cuando menos, no puede ser culpable de ningún crimen. A Leslie Saint John debió matarla ese tal Bilko. Y también al hombre muerto en San Diego hace quince días. Su único posible delito, se limita al presunto tráfico de drogas o piedras preciosas.

—Estoy pensando en algo más que no debemos olvidar, June.

—¿Algo más?

—Unos frenos rotos, una caja con resortes y agujas venenosas... y unos asesinos armados.

—¿No cree que todo sea obra de De Fuccio, Staccatto y todos ellos?

—Pudiera serlo lo de la caja mortífera. Y lo de los pistoleros disfrazados de enfermeros. Pero los frenos rotos en la calle Kearny... No sé, June. Eso no encaja. Samantha Foreman no encaja en absoluto en todo esto... salvo que, dada su mala situación económica, su propio primo intentara... eliminarla.

—¿Usted? —Abrió mucho sus ojos June.

—Yo, sí —suspiré.

—Eso... ¿eso es lo que sospecha?

—Eso incluso justificaría algo que aún no tenía mucho sentido: mi presencia en la calle Kearny, avanzando ante el coche de Samantha... Yo me alejaba, tras estropear sus frenos... y aun así no evité que se deslizara por el asfalto mojado, alcanzándome...

—Recuerdo que usted imaginaba otra cosa cuando ingresó aquella noche en el hospital —dijo June, mordiéndose pensativa el labio inferior—. Creí que quisieron asesinarle a usted.

—Sí, eso lo recuerdo bien —sonreí—. Mis recuerdos parten exactamente de esa noche. Pero eso no encaja en la situación ahora. Nadie intentaba matarme a mí. Era yo el que pretendió matar a otra persona. Había un intento de asesinato, sí. En eso, mi instinto no me engañaba. Sólo que mi nueva personalidad rechazaba con horror la idea de ser culpable, y se acogía sin duda a la de ser víctima.

June Evans, mi enfermera del Centro Médico, me contempló gravemente durante un largo espacio de tiempo. Luego, de modo inesperado, replicó con algo que me dejó desconcertado:

—Pero... pero eso no explica en modo alguno, por qué usted no llevaba encima ni un solo documento, ni una señal en sus ropas... No explica que alguien supiera que usted había perdido la memoria, y quisiera aprovechar la ocasión para borrar todo rastro de su identidad real...

Me dejó perplejo. Repentinamente, caí en la cuenta de que algo me había pasado por alto todo el tiempo. Y June me lo recordaba ahora, con la simplicidad de las cosas evidentes.

—Cierto —dije, atónito—. Eso es lo único que no se explica...

Bebí leche de la fresca botella de la cámara frigorífica, pequeña, pero bien provista.

Todo en el apartamento era deliciosamente pequeño y deliciosamente pulcro. A June le gustaba la limpieza, la sencillez. Uno se sentía allí como en su casa.

Mi dormitorio era pequeño, pero acogedor y agradable. Un mueble convertible, era mi lecho provisional. Al lado casi, con un baño y aseo por medio, estaba el cuarto de June. Era admirable la serenidad y temple de aquella muchacha, aceptando en su casa, a solas con ella, a un hombre que era un granuja y que podía ser un asesino...

Procuraba siempre no pasar ante ventanas abiertas, para que no me viese nadie. Ni vecinos malintencionados... ni otras personas infinitamente más peligrosas.

Ya no pensaba solamente en mí, sino en la muchacha que tanto arriesgaba por un hombre a quien solamente había conocido en el hospital, como un paciente más. Si mi vida llegaba a correr allí

algún peligro, inevitablemente eso también la envolvería a ella. Y era lo último que yo deseaba que ocurriese.

Me acomodé en una silla, ante la mesa-pupitre de mi habitación. La ventana estaba herméticamente cerrada, aunque daba a un patio interior donde todas las ventanas eran de vidrio escarchado. Leí los periódicos, en sus páginas de sucesos.

El asesinato de Leslie F. Saint John, venía destacado, con una fotografía de la infortunada muchacha. La policía de Los Ángeles decía poseer algunas pistas, especialmente una relacionada con un hombre que acompañaba a la joven rubia en la ciudad aquella misma noche. No podía saber si se refería a mí o no, pero tuve la desagradable impresión de que sí.

Por otro lado, nada hablaban de mí. Ni de lo ocurrido en San Diego. Solamente se referían, de pasada, al misterio que envolvía la desaparición de un amnésico del hospital de Telegraph Hill, tras sufrir unos extraños atentados. Eso era todo.

June estaba ausente. Había ido a comprar. La advertí de que adquiriese lo normal, aunque hubiéramos de racionar nuestros alimentos. Si la veía alguien comprando más de lo que era habitual en una muchacha soltera que vive sola, podía despertar sospechas. Y yo creía tan capaces a los hombres del teniente Harlan como a los del hampón De Fuccio, de captar onda en cualquier sitio, encontrando mi pista.

Regresó con una compra discreta. Y con unos periódicos atrasados, adquiridos en un puesto de donde era cliente, junto con unas publicaciones gráficas. Me puso uno de esos periódicos delante. —Mire, John— dijo—. Creí que le interesaría.

Vaya si me interesó...

Era la penúltima página de un diario de dos semanas atrás. Leí el titular:

«Homicidio en San Diego. Un detective privada desaparece. La policía lo reclama por la muerte de un hombre».

Allí vi de nuevo el cottage de Coronado View, maleado con una cruz. El 1347. De nuevo el agolpamiento de imágenes conocidas, borrosas, perdidas en la niebla de mi mente...

Leí la corta noticia. Larry Bilko no era demasiado importante

para llenar más espacio en un diario de Los Ángeles. Un joven detective privado, con antecedentes poco claros. Pero parecía regenerado y trabajaba en su tarea, que habitualmente era de asuntos de divorcio, trámites legales, seguir a cónyuges infieles y cosas así. Lo ínfimo de la profesión.

Un día, un cliente suyo resultó muerto. Se oyeron los disparos. Unos testigos penetraron en la casa, forzando la puerta. Bilko ya no estaba allí. En su despacho, estaba sin vida un desconocido, que resultó llamarse Walter Rocco. Dos balas habían terminado con él.

Se buscó a Bilko en vano. No aparecía. Había dada orden de capturarlo, vivo o muerto.

Eso era todo. Podía parecer vulgar, incluso sórdido. Pero un detalle resaltó ante mí.

—Rocco —dije—. Es el apellido del hombre muerto en San Diego.

—Sí, afirmó ella lentamente. Me miró. —Italiano, ¿no?

—Eso es lo que estaba pensando. Otro hombre de origen italiano. Muerto por Bilko. De Fuccio, Staccatto, ahora Rocco... Demasiada casualidad. La Mafia está en esto. O una de sus ramificaciones, la que sea.

—Pensé que iba a interesarle saberlo. Yo la noté enseguida. Se me ocurrió revisar los diarios atrasados. Es un establecimiento que acostumbre a guardar los diarios de algunas fechas atrás. Pero en este caso, hubo suerte.

—Sí, aunque no sirva de gran cosa —convine—. Ese Bilko huye de alguien que, tal vez, no represente a la ley, sino a la *vendetta* de los mafiosi. Pero ¿cuál es su relación con todo lo demás? ¿Trabajaba Bilko para mí? No parece la clase de detective que se mezcla en asuntos de mucho dinero, pero... quizá yo, en mi personalidad de Edward Foreman, necesité de sus servicios de alguna forma y... Sí, sería una posibilidad, maldita sea.

—Voy a preparar algo para comer —dijo ella—. Si necesita algo más, saldré a gestionarlo, John.

—Usted no debe moverse de casa por nada del mundo... —Hay algo que me preocupa, June.

—¿Qué es? —Se detuvo a la puerta de la cocina.

—Samantha.

—Ya —se mordió el labio—. Le gusta esa mujer, ¿verdad?

—No es eso. June. Pienso en ella como en mi prima, mi pariente... ¿Por qué tenía que suponer ella que yo venía en aquel avión, cuando no era cierto? ¿La avisé o escribí yo, hablé con ella telefónicamente, fingiendo una llamada desde Hong Kong, cuando es seguro que estaba en Los Ángeles, como se deduce del testimonio del zapatero Morley?

—De todos modos, John, ella es muy atractiva. Y tan elegante, tan distinguida... tan llena de dinero y de personalidad...

—Olvide eso ahora, criatura —me irrité—. Necesito ver a Samantha, de todos modos.

—Eso sí es peligroso —avisó June, tensa—. La estarán vigilando, esperando que su primo Edward se ponga en contacto con ella de algún modo...

—Ya lo sé. Sin embargo, hay un medio de comunicarse con Samantha sin riesgos.

—¿Y es...?

—Un telegrama interurbano. Firmado por John Smith. Dándole un número de teléfono para determinada hora.

—Si le da éste, puede estropearlo todo. Acaso interfieran las llamadas de ella. O la policía, o De Fuccio... o cualquier otro.

—De todos modos, hay que arriesgarse. Esta noche llamaré. Saldré de aquí a la hora de mayor tránsito. Es más fácil eludir vigilancias cuando hay gente.

—John, eso puede echarlo todo a rodar.

—June, hay que hacer algo. Y no todo puede hacerlo usted —traté de convencerla—. Además, tengo una idea. ¿Tiene alguna ropa que haya llevado recientemente a la lavandería, con la bolsa en que la traen ellos?

—Pues... sí. ¿Adónde va a parar?

—A esto —sonreí. Me quité la americana—. Cuando baje, cómpreme una corbata de lazo, en cualquier tienda. Para un obsequio a cualquier amistad, dice usted que es. En una tienda donde no la conozcan. Un lazo negro. En otra tienda, una gorra de plato para uniforme. Haré de mozo de lavandería...

June me miró, perpleja. Sacudió la cabeza, con desaliento.

—No tiene usted remedio —dijo, malhumorada—. Otra vez arriesgándose... Y entró en la cocina, sin añadir más.

Me compró la corbata de lazo. Y me dio la bolsa de la

lavandería, con prendas dentro. Salí del piso, con ella bien visible sin chaqueta. Al llegar a la calle, concurrida a aquella hora, me mezclé entre el tráfico, escudriñando a mi alrededor. Nadie pareció fijarse en mí. Pero no podía estar seguro. Tomé varios taxis, y me detuve a comprar unas camisas. Con todo ello, tomé otros dos taxis, entré por una puerta de un cine, saliendo por otra, y estuve seguro de haber burlado al más sagaz perseguidor.

Luego, entré en un establecimiento cuyas luces aparecían muy tamizadas, y donde varias damas de breve falda y generoso escote alternaban con los clientes, en el mostrador o los rincones. Entré en la cabina telefónica. Llamé a Samantha. No tardó en ponerse.

—Hola —dije—. Soy John Smith.

—Oh, usted... —Su voz pareció sonar algo alterada—. Deberá disculparme ahora. Tengo mucha prisa.

—¿Prisa? ¿Por qué?

—Salgo hacia el aeropuerto. Mi primo Edward llega esta noche, definitivamente.

—¿Cómo lo sabe? Puede haber un error, como la otra vez...

—No, no lo hay. Tengo su radiograma, enviado desde el reactor que le trae de Hong Kong. Lo envió entre Honolulu y Los Ángeles. Llega dentro de cuarenta minutos a este aeropuerto. No puedo entretenerme, John. Llámeme más tarde.

Y colgó.

Me quedé mirando el teléfono. Un radiograma desde el avión. Entre Honolulu y Los Ángeles. Firmado por Edward Foreman. ¿Quién viajaba en ese avión?

Quizá ahí estaba la clave de todo. Yo no podía dejar de enfrentarme a ella. Con todas sus consecuencias.

Miré la bolsa de lavandería, mi disfraz...

—Al diablo todo —dije—. June tendrá que quedarse esperando al mozo de la lavandería. Tengo el tiempo justo de llegar al aeropuerto.

Y me lancé a la que posiblemente era la última etapa de mi aventura.

No sabía que me lanzaba directamente a un desastre.

Pero debiera haberlo sabido. Aunque, tal vez, eso no hubiera alterado los hechos. Ni me hubiese impedido dirigirme al aeropuerto, dispuesto a verme cara a cara conmigo mismo. Con otro

Edward Foreman que venía en vuelo desde Hong Kong...

CAPÍTULO X

El avión se estaba posando ya en la pista de aterrizaje, cuando bajé del taxi, mirando en derredor mío, muy alerta. Hundí la mano en el bolsillo, oprimiendo la automática «Beretta», apenas pagué el importe de la carrera.

Me moví rápido hacia la zona de espera de viajeros. Los altavoces anunciaron que el vuelo procedente de Hong Kong, Manila y Honolulu, acababa de rendir viaje en San Francisco de California.

Busqué con la mirada a Samantha, sin localizarla. Había gente esperando el avión, pero ella no era visible entre todos ellos. Tal vez no había llegado aún al aeropuerto.

Me aparté a un lado. Les viajeros comenzaba a llegar. Cabía la posibilidad de que el suplantador de la personalidad de Edward Foreman, conociera mi rostro muy bien. Y eso no haría sino estropear las cosas antes de tiempo.

Fuese quien fuese el hombre que llegaba de Hong Kong, yo quería ver bien su rostro.

Entonces vi a Samantha.

Llegaba con retraso. Venía a la carrera, desde donde habíase detenido un automóvil lujoso, un «Cadillac» último modelo. Miré hacia el avión y sus luces, resplandecientes, en el centro de la pista de aterrizaje.

Samantha se mezcló con los que esperaban. Miraba con avidez, esperando ver a alguien entre los viajeros. Recordé que no conocía a su primo Edward. Tal vez el que venía sí la conocía bien a ella, y sería quien se diese a identificar.

Reflexioné. Miré al coche. Avancé hacia el «Cadillac», dejando atrás a las gentes del aeropuerto. Ella no había conducido esta vez. Un chófer uniformado, con gorra y chaqueta gris, de botones niquelados, se entretenía limpiando el polvo de la suntuosa

carrocería.

Me acerqué a él con seguridad en mí mismo. Toqué su hombro.

—Por favor —le pedí—. La señorita Foreman me envía. Quiere que vaya enseguida para un encargo urgente, mientras espera al señor Foreman.

Me miró. No tuvo motivos para dudar. Mi firmeza al hablarle, debió ahuyentar todo posible recelo. Solícito, asintió, emprendiendo la marcha a mi lado. Yo había observado ya que pasábamos por entre una verja y un muro, para llegar a la amplia sala de espera internacional, en el exterior del aeropuerto. Allí estaba el acceso a un servicio de lavabos y aseo.

Le dejé ir dos pasos delante mío. Solté un mazazo con la culata del arma en su nuca. Hubiera caído como un fardo, si no le sujeto. Rápido, arrastrando al hombre entre mis brazos, entré en los lavabos. Estaban desiertos.

Le metí en uno de los servicios individuales y cerré la puerta. Tomé su gorra y su chaqueta del uniforme. Me lo puse con rapidez, y utilicé jirones de su propia camisa, su cinturón y su pañuelo, para ligarle y amordazarle a conciencia. Luego, salí del servicio, cerrando tras de mí. Corrí al coche, abotonándome la chaqueta.

Me sobró tiempo. Cosa de unos minutos, mientras resolvían problemas aduaneros. Esperé, tenso, sentado al volante, la gorra muy encasquetada, el rostro inclinado...

Oí pisadas. Miré de soslayo. Se acercaban. Samantha y un hombre con sobretodo gris oscuro, sombrero, un maletín... No vi claramente su rostro.

Bajé la mirada. No podía correr riesgos con ninguno de ellos dos. Entraron en el compartimento posterior, como yo esperaba. Samantha me ordenó:

—A casa, Steve. Ya está aquí el resto de la familia Foreman.

—Bien venido, señor —dije roncamente, entre el trepidar del motor en marcha. Pero no me volví un solo momento.

—Gracias —sonó la voz de él.

Arranqué. El «Cadillac» era una seda. Voló por la carretera. Samantha me reprendió pronto:

—Más espacio, Steve. No hay motivo para correr.

—Sí, señora —dije con voz desfigurada, muy baja, asintiendo.

Eludía mirar al retrovisor. Cualquier fallo, cualquier exceso de

confianza, me sería fatal. Aquel hombre no podía ser Edward Foreman, sino un falsario. Posiblemente un asesino. Si me reconocía, sería capaz de matarnos a ambos allí mismo.

—Te hiciste desear, Ed —oí a Samantha, con su tono complacido.

—Oh, Samantha, querida prima —habló el viajero—. Los negocios son un desastre. Cuando todo lo tienes resuelto, surge otro problema que aplaza el plan mejor pensado. Creí que no podría reunirme nunca contigo... ¿Todo bien en San Francisco?

—Como siempre. Aparte el accidente que tuve con los frenos, nada especial... —¿Accidente? ¿Frenos? ¿De qué hablas? ¿Algo serio?

—Pudo serlo. Atropellé a un hombre. Se quedó amnésico. Pero pude haberle matado... y haber muerto yo también, Ed. Eso pasó ya. Hablemos mejor de cosas agradables. ¿Cómo van los negocios por allá?

—Oh, bien, bien... —dijo él, con acento evasivo—. Ya hablaremos de todo ello después. Eh, ¿qué es eso? ¿Por qué nos detienen?

Yo había observado ya eso. Sentí frío en mi espina dorsal. Miré preocupado ante mí. Dos coches patrulla, con los faros asestados sobre nosotros, estaban controlando el tráfico y detenían a todos los vehículos que volvían del aeropuerto. No me gustó.

Pero tuve que detenerme, suavemente. Unos agentes uniformados vinieron con linternas, hacia nosotros. Enfocaron el coche, miraron a mi figura uniformada, a los ocupantes.

—Perdonen —dijeron—. Debemos revisar todos los coches que vienen del aeropuerto. Orden superior, señorita.

—¿Por qué motivo?

—Buscamos a un hombre. Un tal John Smith.

—¿Quién? —Se sobresaltó ella.

—John Smith dice llamarse, pero ése no es su nombre. Es un evadido de un hospital, y se sospecha que mató a una mujer en Los Ángeles. Se ha interceptado una llamada a una dama de la ciudad, la señorita Foreman, procedente de ese hombre y... Oh, ¿usted es precisamente, la señorita Foreman?

—Sí, yo soy —dijo, agitada—. Y ese hombre... ¿por qué suponen que esté por aquí?

—Perdone, pero la llamada interceptada nos da a entender eso. Parece que él sabe que usted iba al aeropuerto, y el jefe piensa que pudo seguirla... Perdón, señor. ¿Su documentación?

—Naturalmente —asintió el viajero con frialdad—. Soy Edward Foreman, primo de esta dama, y acabo de llegar de Hong Kong. Vea mi billete de avión y...

—No hace falta más, señor —noté que miraba mi nuca, pero no receló nada—. Pueden seguir. Y disculpen. Señorita Foreman, el teniente Harlan, de Homicidios, la aconseja que recele de ese hombre, John Smith. Puede ser peligroso...

Ella no hizo comentarios. Seguimos adelante. Aceleré sin darme cuenta. Ella volvió a reprenderme:

—Steve, por favor... Sabes que no me gusta la velocidad.

—Perdone —musité.

Seguimos adelante. La ciudad estaba ya cerca, con sus millones de luces. Ellos estaban extrañamente silenciosos. Samantha habló al fin, con lentitud.

—Smith... Es el hombre que quedó amnésico del accidente, ¿sabes, Ed?

—Sí, entiendo. Y resulta que es peligroso... y te pudo seguir. ¿Sabía él que yo llegaba esta noche?

—Lo sabía. Se lo dije yo misma, cuando me telefoneó. Iba a decirme algo...

—Samantha, lamento lo que he de hacer, pero siempre que sumo dos y dos... salen cuatro.

—¿Qué charada es ésa, Ed?

—Ésta es la solución —dijo él. Y sentí en mi nuca un repentino frío metálico. La voz del viajero se endureció al dirigirse a mí—: No intente nada o aprieto el gatillo... Siga conduciendo normal, si estima en algo su vida.

Aquella voz... Ahora creí reconocerla, sin saber por qué.

Alcé los ojos. Miré por el retrovisor. Y le reconocí.

Supe que lo había visto antes. En alguna parte. Tan familiar como la casa de Coronado View, en San Diego...

—Usted... —dije. Y ni siquiera pude añadir más, porque no sabía de qué lo conocía.

El pestañeó al verse reconocido. Perdió algo de color su faz enjuta. Su arma tiró mi gorra por los aires. Samantha me reconoció

en el acto, con asombro.

—¡Smith! —jadeó—. Tiene razón Ed... Usted... usted me siguió... ¿Qué ha sido de Steve, mi chófer?

—Duerme en el aeropuerto —repliqué con frialdad. Señalé a su compañero—. Es de él de quien no deba fiarse, Samantha. Es un asesino. —¿Qué está diciendo?— gimió ella.

—Mató a Leslie Saint John, una chica detective. Y a un hombre llamado Rocco, Walter Rocco... Puedo probarlo —mentí con cinismo.

—Vaya, el amnésico ya no lo parece tanto —replicó el viajero con voz helada.

—No, ya no tanto —seguí mintiendo. Me dieron un golpe ayer. De repente, las cosas volvieron a aparecer claras ante mí... Eso no le gusta, ¿verdad?

—No, no me gusta. El medicucho a quien le llevé en San Diego, dijo lo mismo. Cualquier golpe brusco podía deshacer el bloqueo cerebral y devolverle la memoria... —El acompañante de Samantha juró entre dientes—. Ahora... tendré que matarles. A los dos.

—¡Ed! —chilló ella, sorprendida—. ¿Qué dices? No es momento para bromear...

—No, él no bromea —dije con tono sordo—. El que sabe demasiado, debe morir. Es su norma.

Si no hubiera advertido que era yo...

—En cuanto vi a esos policías, supe lo que sucedía, observé que no dejaba ver su rostro, y Samantha le reprendía por ir demasiado deprisa... supe quién era. Sí, amigo mío. Mala cosa para usted y para mi querida prima... Debo matarles a ambos. Será culpado usted de ello. Yo diré que luché, tras ver herida a mi prima, y le pude alcanzar... Será verosímil. Y muy práctico. Resultará, como resultó lo de su despacho en San Diego... —¿Lo del despacho?— vacilé.

—Claro. Lo de Rocco. Todo el mundo pensó que era usted quien lo había hecho. Usted, mi querido Larry Bilko...

Entonces sí vi claro de repente. Entonces supe quién era yo. Y quién era él.

Edward Foreman era tan perverso y ruin como imaginé. Sólo que... yo no era Foreman.

Yo era Larry Bilko, detective privado de San Diego...

CAPÍTULO XI

—¿Qué quieres decir? —susurró Samantha, muy pálida, mientras rodábamos a marcha lenta por la ruta asfaltada, hacia San Francisco. Hacia nuestra muerte, en realidad—. No... no puedo entender nada de esto, Ed. Eres mi primo, mi querido primo Ed...

—Edward Foreman no quiere a nadie, salvo su dinero y su comodidad. Está en apuros. Quiso engañar a la Mafia y se metió en líos. Ahora necesita sin duda mucho dinero para salir del enredo, y el suyo vale para eso, Samantha, mejor que ningún otro. ¿Qué les hizo a De Fuccio y los demás, Foreman? ¿Les engañó con la mercancía metida en sus botes de conserva, enlatados especialmente por usted con un contenido aún más exquisito? ¿Hizo ese juego con Garfield y Jaffe, y resultó mal la cosa?

—Si ha recobrado la memoria, debería saberlo, Bilko. Usted lo sabía todo sobre mí. O casi todo. Para eso cobraba de mí, de su mejor cliente. El único importante en su cochambroso negocio... Yo le levanté.

—Y sin duda luego me hundió —dije, con un suspiro—. Me hizo actuar como pelele suyo. Me presentaba como si fuese usted, suplantándole para que usted no corriera riesgos. La Mafia me encontró en San Diego, pensó que tenía doble personalidad, intentaron liquidarme, y usted liquidó a Rocco. Seguro que entonces perdí la memoria...

—¿Ya no lo recuerda? Fue al golpearle Rocco... ¿Qué le pasa, Bilko? ¿Es que vuelve a olvidar las cosas?

—En realidad, nunca las recordé —reí entre dientes.

—¿Qué? Pero usted dijo...

—Yo no dije nada. Insinué cosas. Lo que mi mente, de investigador a fin de cuentas, me sugería. Usted añadió el resto. Sigo amnésico, pero puedo ir atando cabos. Usted me dejó entonces sin documentos, sin señales en las ropas... pero olvidó que, en su

nombre, me hice unos zapatos de lujo en Los Ángeles. Eso abrió el camino.

—Siempre se comete algún error. También esa chica amiga suya, la mujer detective, descubrió quién era usted, en un archivo de Los Ángeles, buscando datos sobre otras personas. Se apoderó de su ficha, Bilko. Yo lo advertí, porque les seguía muy de cerca. Usted había trabajado con Staccatto en el pasado, en ese gimnasio, cuando era un muerto de hambre. Fue allá a comprobarlo. Y allí la tuve que eliminar.

—Dios mío, Ed... Y todo eso... por mi dinero —gimió Samantha—. Fue cosa tuya... lo de los frenos.

—Fue cosa mía, sí. Pero lo hizo Bilko, convertido en un pelele —me señaló, riendo—. Le dije que quitara los frenos a un coche. Se le olvidaban las cosas de un momento al otro. Era como un monigote. El golpe del coche no le devolvió la memoria, que ya una vez había perdido en el gimnasio, de resultas de una caída. Pero le borró todo lo demás, incluso la manipulación en los frenos por orden mía. Nadie me conocía en San Francisco. Ni en Los Ángeles, donde Bilko representaba siempre mi papel, para burlar a la Mafia, a la policía de Contrabando... —Y sus drogas o diamantes entraban en el país impunemente...— recordé.

—Drogas —rió él—. Os deja mucho dinero, pero últimamente hubo un fracaso, mi negocio se hundió y necesitaba dinero urgente. Burlé a los mafiosi que negociaban la mercancía, y eso me costó caro. La mala pasada no la olvidaban. Me buscaban por doquier, malditos todos ellos... Tuve que imaginarme la suplantación mía por usted, Bilko, un pobre diablo.

—No tan pobre diablo, Edward Foreman. No sé lo que fui en el pasado, pero sé lo que soy ahora, y eso es lo que cuenta. Me alegra no ser Foreman, sino Bilko. Si no fui demasiado honesto, siempre se puede rectificar, si hay voluntad para ello. Juré a Leslie que entregaría al verdugo al hombre que la mató.

—Y no va a poder cumplirlo. Es un torpe. Se equivocó en quedarse deambulando cerca del coche con los frenos rotos, como se equivocó al ocupar ese asiento en este coche. Ha perdido la batalla, Bilko...

—Usted también se equivoca a veces. Los zapatos de Morley, el sombrero que tuvo que quitarme en la calle Kearny al comprender

que podía ser identificado por él... Y una tarjeta mía que Leslie pudo ocultar en su polvera cuando se vio perseguida. Algo que, sin duda, obtuvo también de algún investigador amigo, en Los Ángeles... Al lado de eso, tiene aciertos, como su excelente coartada de abandonar California en un vuelo, con nombre supuesto, y volver de Honolulu en otro avión, en el espacio de breves horas, como si arribase en ese momento a un país que tantas veces visita de incógnito, para tramitar sus feos negocios...

—Terminemos. La ciudad está demasiado cerca ya. Adiós, querida prima. Lamento hacerlo, pero no hay otra salida...

—Ed, por Dios...

—Ni siquiera lo lamenta —suspiré—. Es un asesino nato. Sólo que ya se lo dije: comete errores. Y éste es otro. Ni siquiera advirtió los dos coches que salieron recientemente de una bifurcación... y que nos están flanqueando ahora...

—¿Qué? —alarmado, Edward Foreman miró a ambos lados, con terror repentino. Su rostro se tornó lívido. Le oí jadear, apartando su arma de mi nuca—. ¡De Fuccio! ¡La Mafia!

Miré a las dos ventanillas. Ya lo había hecho yo antes, con disimulo. Vi rostros morenos, afilados, ojos oscuros, ardientes... y armas automáticas en manos enguantadas.

—¡Fuera, Samantha! —aullé, tirándome a un lado, con un golpe de volante, y abriendo la portezuela de mi lado. Salté, aferrándome al quicio de la portezuela, lo justo para abrir atrás, por el mismo lado, que era el que ocupaba ella. Samantha entendió. El coche iba más despacio. Se arrojó conmigo, dando tumbos por la cuneta, en un brinco suicida.

—Pero más suicida era quedarse allí dentro.

Todo sucedió en décimas de segundo. Aunque aterrado, Edward Foreman quiso disparar sobre nosotros. No le dejaron.

Las armas de De Fuccio y los demás, abrieron un fuego rabioso, graneado. El coche brincó, cosido a balazos. También Edward, que aulló, dando volteretas, repentinamente cubierto de orificios de bala, de sangre, como una humana criba.

Volteó igual que un pelele, rodó por el interior del lujoso «Cadillac», su cuerpo asomó fuera, su cabeza ensangrentada golpeó el asfalto. Más allá, volcaron, empezando a arder el coche.

Uno de los automóviles, se detuvo. Despacio, vino hacia mí un

hombre, quizá De Fuccio, arma en mano. Nos miró. Esperé lo peor. Luego, sonrió, tirándonos algo. Una cassette de magnetófono.

—Tome —dijo—. Le servirá de prueba a favor, Bilko. Esto va por el mal que pudimos hacerle en el hospital, al creerle Foreman. Y en el hotel de Los Ángeles... —¿Qué... qué es?— mascullé, tomando la cassette.

—Vigilábamos a la señorita Foreman. Habíamos puesto un micrófono dentro, conectado a nuestro receptor de radio. Grabamos su charla durante el viaje de regreso del aeropuerto. Steve, el chófer, era de los nuestros... No le volverá a ver, señorita Foreman. Adiós. Y perdonen. Ya hemos resuelto nuestras propias cuentas...

De Fuccio subió a su coche. Se alejó velozmente. Pronto oí ulular de sirenas por la ruta. —Creo que esta vez, todo ha terminado— murmuré, volviéndome a ella.

Samantha se había desvanecido.

No pude culparla por ello.

—De modo que aceptó Harlan la confesión...

—Claro, June. No es una prueba legal, pero eso basta. Samantha confirmó todo, al volver en sí. Luego, los informes de Hong Kong, de San Diego, de Los Ángeles, han ido configurando el caso. Estoy libre de toda culpa.

Y vuelvo a ser alguien: Larry Bilko.

—Larry Bilko... Preferiría a John Smith.

—Yo también, June —sonreí, mirando a mi leal compañera de los momentos difíciles—. ¿Sabes una cosa? Voy a quedarme en San Francisco.

—¿De veras?

—Sí. Me trataré adecuadamente, por si recobro la memoria. Pero eso no me preocupa. Hay algo seguro: soy soltero. Nunca me casé. Es importante, ¿no?

—Sí, supongo que sí. Vas a casarte con Samantha Foreman, ¿no es cierto?

—No, June. Voy a casarme contigo, si aceptas a un detective privado de mediocre nivel.

—John... —Sus ojos brillaron—. ¿Hablas en serio?

—¿Tú qué crees?

—John... Puedes ser... puedes ser... un buen detective privado. Podemos ser... felices los dos, si tú...

—Si yo lucho por ser mejor de lo que he sido antes. Sí, June. Eso voy a intentar, cariño. Con todo mi corazón en esa lucha...

—John... Oh, me va a ser difícil llamarte Larry...

—Entonces, llámame John —sonreí—. Después de todo, aquella noche, Larry Bilko fue muerto en realidad... y nació John Smith...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

